

GUSTAVO GALLINAL

TIERRA  
ESPAÑOLA



BARCELONA

Imprenta de la Viuda de Luis Tasso

ARCO DEL TEATRO, 21 Y 23

1914

## ÍNDICE

---

	<u>Págs.</u>
Fuenterrabía. . . . .	3
La catedral de Pamplona y su claustro. . . . .	15
De Villanueva a Covadonga. . . . .	25
Santiago de Compostela. . . . .	39
Simancas. . . . .	55
El museo de Valladolid. . . . .	67
León. . . . .	77
Zamora. . . . .	91
Ávila. . . . .	103
La judería de Toledo. . . . .	121
La semana santa de Sevilla. . . . .	139
De Palos a la Rábida. . . . .	149

---

FUENTERRABÍA

## FUENTERRABÍA



¿Es un pueblo? ¿Es un castillo? Tengo ante mí una muralla alta de muchos metros y con poderosos cubos en los extremos; en el terreno que ciega los fosos se extiende un maizal que envuelve su pie en una ancha franja verde; a trechos las enredaderas la cubren con mantos bordados de flores, por los desgarrones de cuyo tejido asoman las piedras ennegrecidas; en lo alto, penachos caprichosos ocupan el lugar de las caídas almenas. Y a pesar de ese lujo vegetal, de esa piedad de la vegetación exuberante y alegre que da a la piedra secular la ilusión de su juventud eternamente renovada, la muralla es de aspecto hosco. No es sólo una ruina pintoresca: es imponente todavía; demasiado grande para ser un castillo, pero

demasiado pequeña para encerrar un pueblo en su recinto. Recorriendo el camino que la bordea se llega a un punto donde éste sube en rampa que substituye sin duda a un desaparecido puente levadizo para entrar luego por un espacio abierto en las murallas, quizá el hueco de una puerta derruida, acaso no más que una brecha formada donde la pesadumbre de los siglos rindió y deshizo más que en otros sitios a los muros.

Desde allí aparece ya el interior: una baja cerca de piedra por sobre la cual rojean tejados que domina desde el fondo el campanario de una iglesia. Es un pueblo, pues, es Fuenterrabía el que se esconde entre esos bastiones formidables.

De esa puerta arranca el «paseo de las murallas» que lo flanquean por un costado con su parte mejor conservada armada todavía de sus almenas; por el otro, casas separadas por jardines y terrenos abandonados; casas de piedra tan viejas como aquella, tan ruinosas también, y cuyos portales dejan ver los interiores sucios, que se dirían inhabitables en todo otro lugar que en este suelo que alumbra un sol generoso de su luz y su calor. Encerrada en su estuche roto

de piedra, Fuenterrabía encuentra amplio por demás su pequeño solar ; los terrenos baldíos alternan allí con las pobres viviendas de sus callejuelas, con alguna casa desmoronada que obliga a llamar «palacio» el escudo que sostienen sobre su puerta dos leones rampantes y que una inscripción atribuye a no sé qué infanzones. Pueblan la villa no más de un millar de habitantes, pescadores en su mayoría. La calle Mayor, que, partiendo de la Puerta de ese nombre, va a desembocar en la «Plaza de armas», es la principal. En ella, a la sombra de las techumbres salientes de madera esculpida y pintada, sobre las paredes de otros palacios de macizas puertas herradas — arquitectura sencilla que realzan con sus primores los balcones labrados,—una serie de blasones exponen a la curiosidad de los pasantes sus leyendas borrosas y los complicados jerglíficos de sus cuarteles, de olvidado simbolismo. En ella la iglesia ostenta su fachada gótica que el renacimiento ha adornado con un bonito portal ; enseñan al viajero en la sacristía ornamentos sagrados y los restos del antiguo retablo, extraña asamblea de figuras de policromía chillona con detalles de

crudo realismo: estatuas de madera dorada; otras retorcidas, sanguinosas, gesticulantes...; una hay que alzando sus vestiduras muestra en el muslo una llaga pútrida...

Inútil es buscar en Fuenterrabía nada que atraiga fuertemente por su mérito artístico; toda ella está hecha para la guerra. No engaña el aspecto exterior que conserva donde sus murallas no han sido derribadas; sobre la última porción de tierra española que separa de Francia la corriente del Bidasoa, Fuenterrabía fué una villa—castillo defendiendo la frontera. Es justo que no se pensara nunca en embellecerla sino en reforzar sus fortificaciones; convienen a su rol edificios como ese castillo de Carlos V que cierra uno de los lados de la plaza de armas con su fachada desnuda y severa. Leyendo la crónica de Bernal de O'Reilly, he comprendido por qué los años, muchos centenares de años, han pasado sobre la antigua Ondarribía encontrándola siempre pequeña, amenazante y pobre; pero algunos han traído un título más para agregar a la larga leyenda laudatoria de su escudo, salpicado de manchas de sangre.

Fué en el año de 1638 cuando conquistó el

de mayor lustre a costa de heroicos sacrificios. Entonces se defendió victoriosamente contra las tropas al mando del príncipe de Condé, ayudadas por la escuadra de monseñor Sourdis, arzobispo de Burdeos. Algo más de un millar de hombres formaban la defensa: soldados de la guarnición, veteranos del tercio de irlandeses, paisanos y labradores de la estirpe de los guerrilleros que en el siglo anterior habían tenido en jaque a las tropas que conquistaron y guardaron un tiempo la villa por la corona de Francia; en lo más recio del sitio, mujeres y niños se unieron al número de los combatientes. El gobernador Pérez de Egea cayó herido de muerte sobre las murallas; el alcalde Diego Butrón entregó los 18,000 pesos que formaban su tesoro, cuando se hubieron agotado las reservas de plomo, para que se fundieran con ellos balas de plata, y su ejemplo fué seguido por los habitantes. Fuenterrabía era un montón de escombros cuando fué libertada.

Una vez al año la pacífica población de hoy revive su pasado. Sus calles desiertas, por las que el viento desparrama olores de pocilga mezclados a los de los jardines y



los balcones floridos, se animan con una muchedumbre abigarrada. Los arcones apolillados devuelven los uniformes antiguos, y los campesinos y pescadores, convertidos en soldados, despiertan con las descargas de sus fusiles los ecos dormidos en la plaza de armas y en las revueltas del camino de la ermita de Guadalupe. Cumplen así con el voto que sus padres formularon cuando el ejército de Condé plantaba sus tiendas al pie de los bastiones inexpugnados.

Puesto que no he podido asistir a esa peregrinación, he subido solo a la ermita que guarda la Virgen protectora de la villa. Se llega allí por un camino que se retuerce entre campos de cultivo; desde la altura os guía y os llama una cruz que pone un signo de paz sobre aquel horizonte compartido por dos naciones. Orillan el camino chacras vascas, con sus casas cuyos techos sombrean a los balcones de madera; los parrales trepan al arrimo de las paredes e integran aquella rústica arquitectura formando en lo alto frescas glorietas. Pasan labradores conduciendo pesadas carretas arrastradas por bueyes ataviados según el uso del país, cubiertos los yugos con cueros bajo cuyos largos

vellones cuelgan sobre el testuz de las bestias borlas encarnadas.

He aquí ya la ermita de Guadalupe, una de esas humildes ermitas campestres cuya belleza está en su propia modesta simplicidad digna de los marinos y labradores que de una en otra generación van a buscar en ella ambiente propicio para la expansión de las más íntimas y hondas o quizá las únicas idealidades de su vida. Desde la explanada de la ermita se ofrece un sendero que asciende por las faldas empinadas del Jaizquíbel, el pico más alto de los que forman la cadena que cierra por un lado el horizonte.

Es un sendero fatigoso que serpea por terreno inculto; pero aquella cima con la torre que sirvió en un tiempo de atalaya es promesa de un espléndido paisaje: voy, pues, allí.

Ahora me acompaña sólo el rumoreo callado de una corriente, un hilo apenas de agua que se enreda entre las breñas y cae por las asperezas de la tierra hacia los campos de labor sedientos bajo el sol del verano. El panorama que desde aquella altura se desarrolla es, en efecto, vastísimo. Fuenterrabía se levanta sobre un montículo, y

por sobre ella las moles del castillo y de la iglesia; la pequeña población ha rechazado fuera del recinto amurallado a las modernas villas de veraneo que se alínean a lo largo de la playa orlada de sus arenas; Irún se reposa junto al monte de San Marcial coronado por una capilla; del otro lado del Bidasoa, que se divide abrazando la isla de los Faisanes, está Hendaya, y sobre la costa del mar, Biarritz es en la lejanía una nube blanquecina... En todo lo demás, entre el mar y los montes, el verde del valle, rico de vegetación espesa, forma el centro del paisaje y le da su tono. Paisaje cuya imagen se pinta nítidamente en la retina de la primera mirada; apenas hay en él vaguedades, esfumaturas, ni matices siquiera en los colores. Es la gran mancha verde de las plantaciones de maizales y manzanos, de un verde vivo en el que resaltan, blancas y rojas, las casitas de los labradores; son los reflejos de plata fundida de la corriente del Bidasoa y el brillo de las arenas; y todo esto envuelto en la luz, penetrado por la luz ardiente del sol. Para gustar un paisaje como ese no es menester que los sentidos reflejen en el espíritu su imagen, revelándose

alguna secreta armonía de la naturaleza con nuestras emociones o nuestras ideas. No se recuerda luego trayendo a la memoria los sentimientos y los pensamientos que hizo nacer, sino más bien evocando la sensación pura, el magnífico deleite visual producido por los colores resplandeciendo indiferentes de los relieves y las formas y las representaciones: los más vivos colores a la luz más intensa.

Y con esto dicho está que no tiene este luminoso paisaje el recogimiento o la austeridad o el desaliño grande y salvaje de otros rincones montañosos; los montes aparecen invadidos por la verdura rebosante, tendiendo dóciles las faldas hasta buena parte de la altura para servir a la labor de los hombres.

La «peña del Aya» con su cresta dentada, la muralla enorme de los Pirineos, dijérase están puestos aquí sólo para guardar y proteger ese valle opulento; libre no queda sino el mar, golpeando las bases rocosas que ellos interponen a manera de diques.

---

LA CATEDRAL DE PAMPLONA  
Y SU CLAUSTRO

# LA CATEDRAL DE PAMPLONA Y SU CLAUSTRO

---

...Es posible que la fachada de la catedral de Pamplona, que visité esta tarde, si aisladamente pudiera ser considerada, no mereciera los duros juicios que hoy arranca a cuantos se detienen a contemplarla. Acaso su pórtico corintio y su frontón triangular y sus torres que rematan en forma de campanas y su conjunto pseudo-clásico, dejaran no más indiferente al espectador. Pero cuando éste, apartándose de allí, pasa a ver el único flanco libre de la catedral, reconoce en la portada de San José, con el grupo de la coronación de la Virgen, en los encajes de piedra de los ventanales, en las riendas tendidas de los arbotantes, en la masa toda y en cada uno de sus detalles,

una de esas bellas siluetas góticas que, pobres o ricas, de más o menos acabada labor artística, aparecen siempre a los ojos como la expresión arquitectónica natural y perfecta del sentimiento cristiano. Y luego, cortando, desfigurando esa armoniosa silueta, se muestra aquella fábrica de feas piedras amarillas de la fachada, cuyo estilo amanerado y convencional es, en verdad, de un intolerable pedantismo junto a la obra que ha desfigurado irremediabilmente.

No es esa la única mutilación que ha sufrido el templo. La nave central dividida por el coro a la usanza española, me aparece muerta en la disposición de esta iglesia, destruída su unidad, incapaz de dar aquella majestuosa impresión que de su estilo sencillo y noble y de sus vastas proporciones esperó sin duda quien la planeó.

En el trascoro solicita la atención con el brillo de sus mármoles y jaspes el templete que cobija al altar, greco-romano también, agravada la fealdad de su estilo por la profusión de oropeles que lo adornan. El lujo falso abunda en la decoración de la iglesia; no faltan obras de mérito y valor excepcionales, como las verjas de la capilla mayor,

y, sobre todo, como las sillerías del coro, en las que Miguel de Ancheta ha labrado hermosas figuras; pero estas joyas están aisladas entre la profusión de maderas doradas, plateadas, en cantidad tal que bastan para destruir hasta el deslumbramiento de la riqueza verdadera.

Esos engaños, esas falsedades, alejan del espíritu de quien no esté familiarizado con las iglesias españolas la idea de la piedad profunda. La obra de los artistas góticos ha sido profanada por decoradores a los que no siempre faltó el sentido de la belleza, pero sí, con demasiada frecuencia, el espíritu de verdad que alimenta una de las siete lámparas de que habla Ruskin.

Sólo en las naves laterales y en el crucero es posible abarcar el conjunto de la catedral. Forman dos avenidas sombrías, prolongándose entre los troncos como de grandes árboles de las columnas bajo las bóvedas donde se cruzan los simples ramajes de los nervios; las vidrieras abren allí anchos boquetes de luz que se derrama en manchas por el suelo. Van a perderse a lo lejos para formar la jirola en un rincón donde es más densa la sombra y



donde una lucecilla aletea ante un altar encendiendo vagos resplandores en el oro de su retablo.

En la nave derecha una puerta da acceso al claustro. Afortunadamente éste ha salvado intacto de la invasión de malas decoraciones que sufrió la catedral. Son bellos esos corredores encerrando un jardín en que medra una vegetación desordenada y varia, no más hermosa que la que los escultores pusieron en los bordados de las ojivas y en las cinceladuras de los arcos.

Un claustro es interesante siempre; no son los más ricos los que más seducen.

Para mí, ninguno como aquel, abierto hoy y transformado en plaza pública—una plaza española de soportales,—que precede a la basílica inferior de Asís, donde reposan los restos de san Francisco. En noches del pasado Abril (de día no, porque lo ocupa la muchedumbre de viajeros y vendedores de baratijas), he vivido horas de encantamiento en aquel claustro bañado de luz de luna, en el que se tienden las sombras de la basílica de arriba, relicario del Giotto; horas de encantamiento repasando en la memoria las historias de las Florecillas y meciéndome los

pensamientos al ritmo lento — música de ideas más que de palabras—del cántico de las creaturas. Pero fuera de éste, incomparable por la intensidad de sus recuerdos, muchos otros vinieron a mi pensamiento al entrar en el de Pamplona. Claustros remotos, diversos todos, pero todos llenos del mismo ambiente quietador e igual. Fué un día, en Palermo, el de San Juan de los Ermitaños, con la visión de las cinco cúpulas rojas, de un rojo guinda, de su iglesia, entre el desbordamiento de una flora tropical ; otra vez, fué el de Santa María la nueva, donde en un ángulo se yergue una fuente morisca como una flor cerrada sobre su largo tallo, y donde las infinitas variaciones de los mosaicos rivalizan con las combinaciones de los historiados capiteles... Y otros todavía, y entre ellos muchos pobres, decaídos, ruinosos, cuyos nombres no recuerdo, pero en los que también me refresqué el espíritu en baño de paz ; paz, la suya, con un dejo suave de melancolía.

Melancolía de ruinas que ellos de por sí no tienen. Porque el claustro—el gótico sobre todo, este de Pamplona—no es sugestión de melancolía la que da con los primo-

res de sus galerías, de sus gabletes, de sus arcos donde se entrelazan los follajes, de sus portales que ocupa deliciosa imaginiería. Lo que no quiere decir que sean rientes, alegres.

Es paz de siglos la que nos aguarda en esos viejos claustros, quieta y muy honda; en ellos sosiegan y se serenan los pensamientos como las aguas en los remansos.

No hay aquel ambiente de quietud, de paz inmóvil en la catedral. El suyo es activo y reacciona sobre el nuestro interior. El del claustro es pasivo, sedante; además es silencioso, no tiene voz para llamarnos. La catedral, sí; convoca a todos con las campanas de sus torres altísimas; abre sus puertas a la muchedumbre y sus bóvedas resuenan con los ecos de los cantos y los rumores de la multitud. Pero el claustro es un escondido lugar de ensueño: nada lo anuncia en el exterior; no hay en la calle pública más indicios que una muralla mohosa, una esquina de piedras toscas, un rompeolas que deshace y aparta los ruidos del mundo. Dentro se esconden los tesoros de arte, la estatuaria de los tímpanos, los calados sutiles de las ojivas...

En sus corredores alberga sólo algunos muertos; cada una de sus losas cubre un sepulcro anónimo, y en los nichos de sus paredes descansan muertos ilustres. Allí, tras una reja de hierro, está la tumba que mosén Leonel de Navarra, bastardo de Carlos II, comparte con su esposa doña Elfa; otros dos sepulcros hay a los lados de la puerta «la preciosa», sobre la que cincales góticos contaron la historia de la Virgen en el tímpano de un arco en que se enlaza graciosa teoría de ángeles. Más allá, una puerta da paso hacia el antiguo refectorio, y por él se llega a la cocina, curiosa habitación cuya chimenea tiene proporciones de cúpula. Extendidas en el lecho de un sarcófago hay dos estatuas coronadas, ornadas de flores de lis las vestiduras, juntas las manos en actitud de oración. «Aquí yace sepellida la reyna doña Leonor infanta de Castilla mujer del rey don Carlos III que Dios perdone la qual fué muy buena reyna sabia et devota...» dice una inscripción que asegura está también sepultado allí su esposo don Carlos de Navarra. En los costados del sarcófago, cortesanos y obispos, abades y guerreros custodian en actitudes doloridas

el sueño de sus reyes; y sobre esas figuras yacentes y su doliente cortejo caen, en la tarde, sombras que, velándolas, apagan y entristecen la blancura diáfana de su alabastro.



DE VILLANUEVA A COVADONGA

## DE VILLANUEVA A COVADONGA

---

Un tranvía a vapor me llevó en pocos minutos desde Arriondas hasta el apeadero de Villanueva. Quise visitar, antes de entrar en el desfiladero de Covadonga, el monasterio de San Pedro, único edificio que ha llegado hasta nuestros días de aquellos cuya fundación es atribuída, generalmente, al primer Alfonso, incansable guerrero y edificador de iglesias y conventos. No hay en el poblacho de Villanueva otra cosa que merezca atención: como el que ha descrito el poeta de Asturias, Villanueva está en un valle grande como la palma de la mano, un vallecito a la entrada del estrecho corredor que forman los murallones enormes de las montañas; tiene no muchas más de una docena de casas que separan pasos angostos a

manera de calles. Junto a cada casa hay uno de esos graneros asturianos, horrios o paneros, alzados sobre postes de piedra que los preservan de la humedad; horrios hay, se dice, varias veces seculares, en cuyos labrados encuentran los arqueólogos interesantes influencias de las obras escultóricas de las iglesias.

Cruzando por este mísero caserío llegué al monasterio: un edificio sin más adorno en sus paredes que las rejas de las ventanas, de barras carcomidas por la herrumbre y terminadas en lo alto en pequeñas cruces. La corriente del Sella pasa lamiendo sus tapias; engrosado por las lluvias rebosaba el río de su cauce, arrastrando impetuosamente ramajes secos de los álamos de sus orillas, cuyas esbeltas siluetas se quebraban al espejarse borrosas en las revueltas aguas.

No lejos de allí, donde comienza a hincharse el lomo de un monte, me mostró el campesino que me guiaba, un copudo castaño que señala, según es fama, el sitio donde murió el rey Favila. Y recordé los inciertos datos que conoce la historia referentes al monarca sucesor de Pelayo; pocos



más que los de su muerte por un oso, mientras se dedicaba a cazar en los tupidos bosques poblados de osos y jabalíes, que cubrían antes estos lugares. El trágico fin del rey debió impresionar fuertemente el espíritu de sus contemporáneos; los escultores prodigaron luego en los monumentos la representación de su mortal aventura, dejando en ellos, de su obscuro reinado, más testimonios que de la épica leyenda de su padre o de las conquistas y fundaciones de su sucesor. Uno de estos está en la portada de la iglesia del convento, bajo el pórtico cuyos pilares sostienen la torre. Nada ha variado allí, sin duda, desde que Parcerisa, el compañero de don José M. Quadrado, completó, con el descubrimiento de los capiteles ocultos bajo sillares modernos, la serie de episodios de la historia de Favila: he ahí al rey, jinete en su corcel ricamente enjaezado, despidiéndose de su esposa al salir de caza; y el artista ha insistido en esta escena, y es de admirar cómo ha sabido en su tosquedad, dar expresión de abatimiento al rostro de la reina, contraído en un triste presagio bajo sus anchas tocas, mientras se aleja Favila, erguido sobre el puño un halcón. La labor

de estas esculturas es grosera, las proporciones ridículas; baste decir que la reina sobrepasa en altura a su castillo, que es, junto a ella, como un juguete de niños. Dejemos —como corresponde— a aquellos arqueólogos justipreciar su mérito; dejemos también que impugnen victoriosamente la opinión común que lleva la antigüedad del templo hasta los tiempos de Alfonso, demostrando que sus ábsides semicirculares con los grotescos de la cornisa denuncian ya la influencia muy posterior del arte románico. Algo hay en esos capiteles por lo que no sólo los arqueólogos pueden sentir su valor: es la nota humana capaz de despertar resonancia, aunque sea débil, en el alma del profano. Comprendo que los artistas hayan preferido esta tragedia familiar a todos los hechos de su época; cuando ningún recuerdo tenga ya de las conquistas de Alfonso, cuando se hayan perdido en mi memoria los nombres de los que le siguieron, todavía pensaré alguna vez en la figura de ese caballero, vista en el hueco abierto en un sillar de un viejo monasterio, y en la de esa joven princesa que, apoyada en un enano castillo, le ve alejarse para ir a morir bajo las zar-

pas de un oso, junto al castaño centenario del monte. Así, en un orden superior, de entre la confusión de nombres y hazañas de los héroes de la Iliada y de los dioses que combaten a su lado y forjan para ellos resplandecientes escudos, se levanta en mi espíritu aquella escena conmovedora en que Héctor se despide de Andrómaca para marchar a la última batalla.

He dicho que un campesino me enseñó el fácil camino del monasterio: un campesino calzado al uso del país, con zuecos de madera de triples tacones, las almadréñas montañesas, comparadas a las cuales las babuchas del cuento oriental parecerían servir sólo para princesas chinas. Me habló de una supuesta galería que va del convento hasta un pueblo lejano, y de la creencia de que en ella haya ocultos fabulosos tesoros; ninguna objeción hace vacilar su convicción de que ese túnel existe; admite sin vacilaciones que pase bajo el cauce del río. ¡Extraño fenómeno, por cierto, el de la persistencia y transmisión de esas vagas tradiciones! Al través de diez o doce siglos en torno de cosas con respecto a las cuales es muda la historia, en los sitios donde hubieron ol-

vidados monumentos continúan sonando en lenguas de las gentes : son como rumores de soterraña corriente, cuyo origen nadie sabe, que acaso provocan un día la curiosidad de un investigador que, a poco de ahondar en el terreno, hace saltar a la empobrecida superficie la más rica vena de agua. ¿Reservará todavía alguna sorpresa a los estudiosos el monasterio de Villanueva?

Comenzaba ya a obscurecer cuando subí en el tren que me llevó hasta Covadonga, pasando por Cangas de Onís, la antigua Cánicas, sede que fué de la corte de Pelayo. Cangas de Onís se ufana con el título de ciudad que don Alfonso XIII le ha concedido por haber sido la primera capital de la España de la Reconquista. Vi confusamente, al pasar, su más hermosa reliquia : el puente que, descansando en tres arcos, describe una curva audaz sobre el río Buenas.

Ya en el desfiladero de Covadonga, la noche cerró rápidamente anticipada por una tormenta que espesaba las sombras. El tren corría por un camino a cuya vera se oía mugir, en el fondo, un torrente. Cuando un relámpago rasgaba la noche, iluminaba los

paredones ciclópeos que se perdían en lo alto, en la negrura del cielo, y los árboles del camino aparecían también entonces un momento como en un silencioso desfile de fantasmas.

Hundido en mi asiento, pensaba en los héroes semilegendarios de cuyas vidas iba recorriendo el teatro: Pelayo, Favila... tan remotos que apenas son para nosotros más que esas sombras entrevistadas en la noche a la luz de los relámpagos.

\*\*\*

La tormenta se descargó copiosamente; toda la noche sentí fuera el repique monótono de la lluvia y los silbos del viento. El día, que amaneció encapotado y triste, comenzó luego a despejarse: los montes dejaban escurrirse las aguas por innumerables torrenteras que surcaban sus flancos. La niebla que los envolvía fué levantándose lentamente: era como un inmenso velarium sostenido por los picos de los montes, y, al desgarrarse a los rayos del sol, dejaba todavía ondear, asidos a ellos, grises jirones.

Fuí a buscar, primero, los monumentos

del pasado. Son pocos y de discutible autenticidad; la misma duda, la misma incertidumbre hay con respecto a todos ellos: la imagen poco auténtica—asegura Quadra—de Santa María de Covadonga, los sepulcros con los epitafios «no más genuinos» de Alfonso y de Pelayo, algún otro todavía... Decididamente, es preferible recordar allí al héroe de la leyenda, cuyos hechos no han menester de la confirmación de monumentos; al héroe legendario en un escenario digno de su nombre. Baste con saber que hay, sin duda, en el fondo una indiscutible realidad histórica. ¿Qué importaría que Pelayo no hubiera sido proclamado rey, después de la batalla, en aquel campo del Re-Pelao, que señala una columna en la opuesta margen del río? Siempre sería verdad que fué alzado luego sobre el escudo, en el correr de la historia del pueblo que, aclamando largamente su nombre, encarnó en él sus propios hechos: símbolo puro, creación del espíritu popular, no sería su figura menos propia para que un poeta la perpetuase en el bronce eterno de sus estrofas. De las diversas modalidades de su leyenda, ninguna me seduce como aquella que lo mues-

tra aceptando primero la amistad de los príncipes musulmanes. Este, que se levanta luego en armas, arrancando a su hermana de los brazos del moro que la había seducido o violentado, se me antoja que simboliza al pueblo español mejor que el otro, el que no tuvo nunca tratos con los invasores de su país, el immaculado libertador cristiano; porque es la verdad que el pueblo árabe infundió de su sangre en la de España, y de la sangre de su alma, y que hubo entre las guerras y los odios más de una fecunda hora de amor.

La basílica de Covadonga, fábrica moderna, está empequeñecida en el grandioso paisaje; los perfiles agudos de sus torres, formas creadas para dardear el azul culminando sobre las cosas de la tierra, nada dicen proyectados sobre las altas laderas. Era bastante la capillita de la cueva, toda humilde y sencilla ante la majestad de la naturaleza. Para construir la iglesia ha sido preciso desmochar el monte en que está asentada, cortar su cresta de granito. ¿A qué consagrar allí una iglesia, demasiado grande para tener la gracia de las ermitas y demasiado pequeña junto a las moles que la rodean? Alzada en

el fondo de ese desfiladero, era ya un ara aquella roca, un ara suprema. Ni falta tampoco en torno el ambiente religioso: como creía Ozanam, es cierto que baja, de las alturas no frecuentadas por los hombres, la insinuación de un sentimiento de pureza moral que hay en ellas. Sentimos en el silencio y la calma de las cumbres una emoción de eternidad.

Arriba, en el monte Orandi, se hunde el Deva, que luego cae despeñado por sus entrañas hasta precipitarse en un depósito de hirvientes espumas, y formar, más allá, otra cascada; en el fino vapor en que se deshacen las aguas refulgían los colores del iris. Y se prolongaba, a lo lejos, la voz del torrente, potente, como era, según la leyenda, en el día en que cantó el nacimiento de la patria española.

El camino que va al lago Enol, situado en la altura, en un cóncavo de los montes, había quedado intransitable; pero, subiendo al Orandil, pude ver la comarca. Al abrirse los horizontes, el paisaje aparece más variado que el limitado que se abarca desde el angosto cauce encajonado. Son en derredor cumbres rocosas, y, en las faldas, parecen



arbustos los chopos, los cipreses, los castaños. La Peña Santa está ya nevada en este tiempo, pero la nieve no la cubre todavía por completo; es como una costra resquebrajada de porcelana, bajo la cual negrean las peladuras de la roca; cuando descende sobre ella un largo rayo de sol, se trueca la opaca porcelana en un cristal que reverberaba intensamente. A lo lejos, por un hondo recorte del perfil de las montañas, se ve el mar, un triángulo verde de mar. Los repliegues de las alturas abrigan diminutos prados—praducos, dicen los pastores,—vallecitos rientes que alegran la fragosidad de la comarca, y albergan también pueblos y cabañas de pastores: uno de esos pueblos, que no he distinguido de los otros, es Abamia, donde se cree que tuvieron sepultura los restos de Pelayo. Toda su historia y toda su leyenda se comprenden mejor viendo esos valles defendidos por bravías montañas que los guardan entre sus asperezas para que sean cunas de hombres libres.

---

SANTIAGO DE COMPOSTELA

## SANTIAGO DE COMPOSTELA

---

Un género de hermosura lejano cuanto cabe de la grandiosidad de las comarcas montañosas de Asturias, que no ha mucho abandoné para trasladarme a Santiago de Compostela, es la que me ofrece la que rodea a esta ciudad.

Paisaje éste de horizontes abiertos, donde son pocas las fuertes escarpaduras y asperzas y cuyo suelo se levanta en colinas y montes redondeados de suaves pendientes; vegetación rica, aunque no exuberante, y en la que predominan los pinares; pinos que manchan de su verde negruzco valles y laderas y descuellan arriba en filas de troncos espaciados, mientras se juntan los parasoles de sus follajes, de modo que por entre ellos, como por los claros de la trama de un

encaje, se ve el horizonte. Comarca de tonos no sombríos, pero oscuros, bajo un cielo cuyo azul rara vez he visto en estos días limpio de nieblas, nunca con los tintes subidos de los clásicos cielos de añil de los paisajes españoles. Hermosura la suya dulcemente graduada y matizada en las líneas y los colores, exenta de violentos contrastes; pero no todo es suavidad en ella: aquí y allá, entre las plantaciones y la negrura de los pinos, resaltan pardos grupos de piedras, y los redondeados perfiles de los montes concluyen a veces en peñascos que se recortan en ángulos rectos sobre el cielo.

Jugando un poco con las palabras podríanse encontrar en él elementos para relacionar su hermosura con la del paisaje espiritual gallego; no concordancias que respondan a una honda realidad, sino más bien simples semejanzas verbales. Con un rincón que conozco del paisaje espiritual gallego haría esta confrontación: con el que me ponen ante la imaginación las poesías de Rosalía de Castro. En ellas, como nota predominante, la suavidad del pensamiento y la expresión, suavidad que acaso exageramos nosotros engañados por el contraste de los

arrastrados acentos de la lengua gallega con los breves y secos de nuestra habla castellana. No hay allí tampoco escarpados picos ni precipicios, sino mansas ondulaciones y alturas desde las cuales rara vez el pensamiento alcanza más allá de los lindes de la tierra nativa ; y luego, en sucesión larga, fatigosa a ratos, composiciones de una obscura tristeza como filas de enlutados pinares ocupando valles y laderas. Pero a veces, también, rompen esta monotonía versos en que el pensamiento perenne de las miserias de su pueblo y de los propios dolores del poeta no reviste la forma común de la queja, pero cuaja en duras estrofas como las del *¿Por qué?*, de cortantes aristas de piedra. Más frecuentes serían éstas si buscásemos en otros libros el paisaje espiritual gallego, por ejemplo, en las obras de Curros Enríquez. Aunque es cierto que no es éste sino un rincón de Galicia, que hay en ella lugares de más áspera belleza, costas, sobre todo, donde suenan siempre los rumores de los pinares, pero también los golpes y tumbos del mar :

O susurro monótono d'os pinos  
d'a veira-mar bravía...

Destacándose sobre los pinares y las colinas aparecen a los ojos de quien llega a Santiago las torres de la basílica compostelana. No son las mismas que los peregrinos de la Edad media saludaban con himnos de alegría al divisarlas después de largos meses de viaje. Peregrinos de todas las naciones y razas que soportaban los tremendos sinsabores de los viajes y desafiaban las asechanzas de los rapaces señores feudales apostados a lo largo de los caminos con la única esperanza de arrodillarse ante la tumba del apóstol Santiago y regresar a la patria después de adornar sus vestiduras con las conchillas recogidas en la playa donde se dice fueron arrojados sus restos por el mar.

Porque es sabido que esta ciudad de Compostela fué por su santuario durante los siglos medios y aun buena parte de la época moderna uno de los centros de atracción espirituales de la cristiandad. Conocida es también la influencia que esas peregrinaciones ejercieron sobre la civilización ibérica: dejaron en la «tierra de Santiago» gérmenes fecundísimos de cultura y fueron causa de un considerable desarrollo económico y

social. A la sombra de la basílica compostelana florecieron leyendas que recogió la musa popular y entregó luego, para que las llevaran a perfección, a trovadores cultos y maestros eruditos en todos los refinamientos de la poesía provenzal.

Sabida es también la representación guerrera del apóstol: su nombre llegó a ser el grito de combate de los soldados españoles, muchos de los cuales imaginaban verlo en los días de batalla luchando bajo sus banderas, invencible capitán que marchando al frente de los ejércitos de España, holló con los cascos de su caballo blanco las tierras de Flandes, de Italia, de América...

Los santuarios participan de la fortuna de sus países; además, las devociones populares, que son de las más interesantes manifestaciones de la vida de un pueblo, corresponden al estado de los espíritus y a las condiciones de la nación.

Es natural, por eso, que no tenga los esplendores de antes el culto del apóstol Santiago. Los españoles que hacen peregrinaciones suelen preferir otros santuarios; extranjeros no hay en estos días en la ciudad. En cuanto a las gentes de Galicia, sin aban-

donar este culto tradicional, tienen otros menos brillantes que también las atraen. Así, en Santiago, el de la Virgen de la Soledad. Recordemos, para comprenderlo, que si no vienen a España tantas peregrinaciones extranjeras como antes, salen de ella, en cambio, largas romerías de españoles que se van; en Galicia, particularmente, la cifra de la emigración es formidable: hablan los periódicos de 8,800 personas que en tres días han tomado pasaje en Vigo con destino a América. Es verdad que esta corriente emigratoria es engrosada cada día más por familias enteras; pero todavía durante mucho tiempo habrá razón para que la literatura regional, en íntimo contacto con el alma del pueblo, tenga como tema favorito no sólo las incertidumbres y tristezas de los que dejan su tierra, sino también el desamparo de los que quedan, de las aldeas des pobladas, de las familias deshechas, de las madres y las esposas abandonadas. Por eso sospecho es popular la Virgen de la Soledad.

Se encuentra su altar en el trancoro de la catedral; hay generalmente en torno numerosos grupos de mujeres, y acurrucadas



en las gradas, o tendidas sobre el pavimento en actitud abandonada, como si agobiaran sus espaldas con los propios cansancios las fatigas todas de la raza, ancianas que muestran en el rostro y en el cuerpo las huellas de su largo y miserable vivir; Rosalía de Castro ha hablado de esas viejas fantasmales que cruzan por la enorme basílica silbando salves y padrenuestros, y que se encontraban siempre con ella a los pies de la Virgen de la Soledad:

Ôs pes da Virxe da Soledade  
¡de moitos anos nos conoscemos!

Fuera ociosa tarea, tratándose de monumento tan famoso, describir la egregia basílica. Su estilo, románico; pero sobre la fábrica primitiva las diversas épocas artísticas posteriores han dejado muestras de sí: hay ahora allí gótico, renacimiento, plateresco, greco-romano y churrigueresco también del peor gusto. En el exterior apenas quedan trazas visibles del estilo primero; pero en el interior, éste prevalece. A pesar de todos los agregados, una sola es la impresión que se recibe al entrar en ella: es simple, de

solemne simplicidad. Contribuye a darla el austero color de sus bloques. No hay multitud de ventanales, ni sufre en consecuencia mutaciones su ambiente; en las iglesias donde los hay es diverso a todas horas, infinitamente cambiante desde que por los pintados vidrios se asoma jubilosa la luz de las mañanas, hasta que parece entristecerse extrañamente en ellos la luz agonizante de las tardes. El de ésta es inmutable; sólo que cuando las sombras entran libremente a obscurecer el color de sus piedras acentúan su solemnidad, y la basílica románica aparece más que severa, adusta.

Pero hay que visitarla para sentirla mejor, a la hora del coro, cuando se deja oír el órgano. Mirando desde el triforio, antes de encontrar la vista la complicada armazón del altar mayor, tropieza en la doble caja de este órgano, desembocando en el vacío, como gárgolas, sus tubos horizontales, innumerables. Después que sus músicas, músicas aisladas, han acompañado largamente a las salmodias de los cantores, de pronto cesan éstas, y es entonces cuando súbitamente solo, por muchos de sus caños a la vez, arroja a borbotones en el templo el desbordado to-

rrente de sus melodías. No es una voz la suya, potente, sino un coro de voces como de una muchedumbre: suenan allí recios acentos varoniles, dulces timbres femeninos, rezos trémulos de ancianos, vibraciones de cristal de gargantas de niños; dijérase que llena la catedral y canta en ella una multitud de peregrinos como las de los «jacobitas» que en la Edad media entonaban las alabanzas del Apóstol en todos los idiomas de la tierra.

Ante la capilla mayor, extravagante armatoste de plata maciza, se inclinan algunas banderas, trofeos de batallas; hay allí, dicen, banderas tomadas en la guerra de sucesión, estandartes ingleses y hasta un águila napoleónica, un águila que durante las luchas de la independencia hicieron prisionera ardidios cazadores en los campos de Arroyo-Molinos.

La joya más valiosa de la catedral y de Compostela es el pórtico de la Gloria, obra fundamental del arte románico en España, que cobra ya en ella algo de la libertad del arte gótico; el arte gótico empieza a levantarse sobre el románico para abrirse más a las seducciones de la vida y de la naturaleza,

así como las columnas de este pórtico se alzan aplastando con su peso monstruos deformes esculpidos en sus bases para sostener en lo alto las radiantes escenas que imaginó el maestro Mateo. De rodillas bajo la columna central, mirando al altar, está la estatua del maestro; aun perdura en el pueblo la admiración ferviente que suscitó su obra, y las madres llevan a sus hijos a acariciar la cabeza de su estatua—del «santo dos croques» como le llaman—creyendo les comunicará en ese contacto el don sagrado del genio.

De su antigua condición de señorío episcopal conserva Santiago el aspecto de ciudad conventual, eclesiástica. No sólo por sus 46 establecimientos religiosos y sus 36 cofradías y las 114 campanas de sus iglesias; pero también tiene sosiego y reposo conventuales, y algunas de sus calles—la rúa del Villar es una—con sus dobles filas de soportales semejan corredores de claustro. Pasean por ellas clérigos, muchos clérigos, y ceremoniosos canónigos que se arropan tan marcialmente en sus manteos como pudieran en capas militares. Y estudiantes en gran número, porque Santiago es, ade-

más, ciudad universitaria, con una vieja y gloriosa universidad.

Las mozas tienen junto a las fuentes públicas lugares propios para sus reuniones; hay todo el día en torno de ellas revuelos de pañoletas amarillas y rojas, y alegres combinaciones polícromas de sayas y delantales bordados. Don Juan, naturalmente, ronda audaz en las inmediaciones; pero Macías, el doncel gallego, atisba solo oculto bajo los soportales vecinos. Suena ininterrumpido el rumor de frescas risas concertándose con la canción de los chorros del agua cayendo en los cántaros.

No será la Colegiata del Sar del número de los monumentos ilustres de Santiago que paso en silencio. Es construcción del siglo XII situada en un descampado en las afueras de la villa; desproporcionados arbotantes esconden a la iglesia como bajo la armadura de una caparazón, e impiden su total ruina; sus columnas están inclinadas y hundidas en tierra hasta un metro de su altura, sea, como quieren unos, que esta disposición entrara en los planes del arquitecto, sea que haya sido producida por el trabajo lento y tenaz de las aguas del río que han levantado

el nivel del terreno con el depósito de sus sedimentos. Hay junto a ese interesante monumento un pequeño cementerio; bajo los arcos deformes o deformados de las bóvedas de la iglesia, en el corredor donde quedan en pie restos de su claustro, se alínean las piedras tumulares de obispos compostelanos.

De camino hacia la Colegiata, se ven en los barrios apartados algunos cepillos para ofrendas por las ánimas del purgatorio. Es esta una de las devociones populares de Galicia. Una iglesia de las ánimas hay en la ciudad; pero el grupo de almas en pena figurado en mármol en su frontón, nada tiene que ver con esos lastimosos de los cepillos callejeros envueltos en llamas pintadas muy al vivo por inhábiles pinceles. He visto en las cercanías de Tuy, en país gallego, altares de esta clase ante los cuales ponen los campesinos espigas de maíz; no puedo sospechar cuál es el significado de éstas, a menos que no sean ofrendas a los muertos, tributos de quienes no tienen más riquezas que las doradas espigas. Quizá no saben su significación los mismos que las ponen. El historiador Murguía atribuye prácticas semejantes a la supervivencia de olvidados mitos

y creencias celtas ; asegura que hay lugares de Galicia donde al celebrarse en las casas la cena de Navidad se reservan sitios vacíos para que los espíritus de los antepasados puedan sentarse a participar del banquete familiar ; en otros, cuando llega la noche de difuntos, se arriman al hogar gruesos leños, que quedan ardiendo para que con su lumbré puedan calentarse las ánimas errantes.

También hay en los caminos estatuas de Vírgenes ; pero no bellas Madonas italianas, sino Vírgenes al pie de la cruz. Parece que lo que la piedad popular siente aquí y comprende mejor del cristianismo es la santificación del dolor y de la muerte ; sin duda porque es este un pueblo que sufre. La Galicia del siglo XII, en cuyos horizontes despuntaba una espléndida aurora, se complació en las escenas de glorificación que esculpió el maestro Mateo ; la Galicia de hoy, la de las negras miserias, despoblada por las emigraciones, incapaz de alimentar a sus hijos, reza ante los altares de las ánimas y las vírgenes dolorosas de sus iglesias y de sus caminos.



SIMANCAS



## SIMANCAS

---

Una tartana arrastrada por mulas sale diariamente del Parador del Sol de Valladolid, llevando viajeros para Tordesillas y los pueblos del trayecto. El viaje hasta Simancas es breve ; pero, por lo general, desde que comienzan las lluvias otoñales es preciso renunciar a la relativa comodidad de hacerlo encerrado en aquella desvencijada caja que va marcando con bruscos saltos las desigualdades de la carretera, y resignarse a recorrer a pie cuando menos una parte, mientras queda atrás el mayoral menudeando gritos, fustazos y pedradas, para obligar a las bestias a arrancar el coche de alguno de los frecuentes atascaderos.

Llegado a Simancas, como el vehículo no vuelve hasta el siguiente día, debe el

viajero hacer noche en la única posada del pueblo; se llama ésta «Parador del Archivo»—según reza un cartel colgado encima del dintel del ancho portalón, destacando en el azul de la pared—y está situada frente a uno de los puentes que dan acceso al castillo. Dos poyos de piedra se ofrecen a los lados de la entrada para el descanso de los viandantes; en el zaguán, pavimentado de ladrillos, se abren las puertas de varias habitaciones, y en su fondo una escalera sube a los aposentos altos.

Uno de los bajos sirve a la vez de salón y de cocina. Sobre el escaño del hogar, dos tablas empotradas en la pared hacen de bancos, formando los respaldos lienzos de esparto trenzado. Allí se organizan las tertulias—únicas distracciones posibles en el lugar—en que toman parte el posadero y los viajantes, dejando correr las horas al amor de la lumbre, apoyados los pies en el marco de hierro del hogar. Suenan continuamente, requemándose en las brasas, los cacharros de barro donde se cuecen las alubias para la cena, formando este rumor el acompañamiento de las somnolientas pláticas entre desconocidos, cortadas por treguas prolongadas

que establece tácito acuerdo para la contemplación de cualquier hecho vanal como el abrasarse de los renovados haces de leña crepitantes entre surtidores de chispas.

Es el posadero al mismo tiempo alcalde del pueblo; establecido en él de muchos años atrás, guarda memoria de los visitantes y estudiosos a los que ha aposentado en su casa, y exhibe complacido un sobre, blasón nobiliario de la posada, lleno de amarillentas tarjetas donde están impresos nombres de viajeros, algunos ilustres, profesores de historia, de derecho internacional, americanos, franceses, ingleses, los menos españoles. Muchos alemanes, en cambio; hay ahora un erudito de esta nacionalidad en el lugar, explorando afanoso aquel tupido bosque de documentos del castillo.

Se ha tratado alguna vez de trasladar a una ciudad esta colección; pero la oposición de los vecinos, con la complicidad de la incuria gubernativa, ha hecho fracasar el proyecto. Es menester probado amor a la ciencia para sepultarse largos meses o años en esta aldea.

Una insignificante aldea apiñada en derredor del castillo que reina sobre ella y la

protege. De lejos, parece formada de cabañas todas del mismo color pardo o como de pilas de ladrillos sin cocer desecándose al aire. Por dentro, es aún más triste con sus muros de adobe, con sus calles lodosas y alguna casona decrepita en cuya fachada los años van desmenuzando lentamente el asperón de los toscos labrados.

Sin embargo, quien quisiera buscar en ella recuerdos históricos, ya que no monumentos, los hallaría fácilmente. El nombre de Simancas está vinculado al de una batalla de la reconquista y a varias incidencias de la guerra de las comunidades. En las comarcas vecinas y más allá, marchando hacia las tierras de Zamora, pisaría las huellas de los comuneros, y en ellas y en las de otros ejércitos recogería para su álbum nombres pomposos como cálices de flores de sangriento color llenos de memorias de guerras y suplicios.

Es verdad que muchos nombres sonoros han quedado en esta región en que se sucedieron cortes reales y campamentos; pero quien se internase en ella para buscarlos, hallaría también sin duda no pocas miserias que vienen perpetuándose allí; la trama de

miserias campesinas, hoy al descubierto, que sostuvo la trabazón de los hilos brillantes con que bordó Castilla su deslumbrante historia. Quizá apartados senderos le llevaran hasta alguna de las aldeas de que he leído, aisladas por falta de practicables caminos durante interminables inviernos, muriendo de atraso y abandono; sería, si no, a alguno de aquellos yermos campos calcinados en verano por el sol, castigados luego, y casi sin transición, por crueles fríos y siempre sumidos en estéril sopor.

Hoy ha sido en Simancas uno de los glaciales días de otoño no raros en las altas mesetas castellanas. Vientos helados barrían la llanura que limitan las peladas colinas que forman El Páramo, y son un páramo, en verdad, de greda blanquecina; sobre ellas apenas de trecho en trecho árboles desnudos dibujan sus rígidos esqueletos en el cielo plomizo que parece continuar la tierra.

Abajo están los campos que riega el Pisuerga; del otro lado del río se extiende un pinar de perenne verdura; a esta orilla, terrenos monótonos donde agrava la melancolía otoñal la desolación del suelo rojizo en que se pudren los rastrojos de los cose-

chados trigales. Y hay allí algún álamo aislado, enhiesto en la vasta soledad el ya dorado airón de su follaje.

Desde su eminencia impera el castillo de Simancas sobre la comarca y el pueblo; famoso fué en un tiempo por hechos de guerra, y luego como prisión de estado; pero Felipe II le dió más duradero renombre cuando depositó en él los archivos del reino.

En ese edificio, cincuenta y ocho salas, cubiertas de estanterías las paredes, contienen un riquísimo tesoro de documentos, varios millones, distribuídos en 80,000 legajos. Duermen allí esperando la pluma evocadora que los haga participar de la vida de la obra histórica infinitos datos relacionados con la historia de España, de América, de la civilización europea. (Me han asegurado que los documentos relativos a América serán llevados sin excepción al Archivo de Indias.)

El castillo no es edificio propio para custodiar tal cúmulo de riquezas; en las salas altas, la humedad que se filtra por los techos va comiendo los legajos de manuscritos; he visto algunos ya con boquetes abiertos que han sido quitados de los estantes y apilados en el suelo, a falta de otro sitio, para

preservarlos de la destrucción definitiva.

He oído decir que recientemente visitó el archivo un político influyente en compañía de un arquitecto, reconociendo la necesidad de mejorar las condiciones del edificio; el plan de reparaciones trazado fué abandonado por costoso; ¡se trataba de varios miles de pesetas, menos, por de contado, del simple valor comercial de algunos documentos!

Expuestos al público están los más raros papeles, los más preciados manuscritos. El de mayor antigüedad, una carta rodada de Alfonso VIII. Dos pergaminos gloriosos contienen las capitulaciones de Granada y el testamento de la reina Isabel: dos pergaminos dignos de ser conservados en el santuario de un templo, como los textos sagrados en que los pueblos antiguos veían cifrado algo del destino de su raza. Después, es el plano original de la batalla de Lepanto, y un escrito del rey Boabdil, y otros de todos los monarcas españoles, cuyas cintas unen discos de lacre con las armas reales. Durante un momento he sentido la veneración de los bibliófilos ante esos papeles en los que el tiempo ha impreso las manchas amarillas de bordes oscuros que

son los sellos de sus consagraciones; comprendo que crean necesario haberlos hojeado, haber descifrado penosamente sus confusas escrituras, y no les satisfaga saber de ellas copiadas en modernas ediciones, para realizar labor de evocación histórica, porque en sus renglones desiguales, las letras diversas, individualizadas, tienen carácter propio y como el signo perpetuo del espíritu que regía la mano que las trazó, y sólo queda el sentido de las frases que componen y se desvanece aquel otro rastro espiritual en las reproducciones vulgares de los volúmenes de imprenta.

Allí, testimonios de los dolores que apretaron corazones humanos bajo los mantos de púrpura de los emperadores, y de las miserias por las que hubieron arrugas de pesar ocultas bajo los laureles que ciñeron frentes marmóreas: una carta de Felipe II para que se enviara un físico renombrado a Carlos V, que sufría en las soledades de Juste; una página que Cervantes, recaudador de tributos, llenó con la relación de no sé qué menesteres del oficio...

Para una novela romántica, aquel recorte minúsculo en que con el fin de evitar re-



gistros e inquisiciones, un desconocido escribió en letras microscópicas una estrofa amorosa en italiano; y luego, primores caligráficos, filigranas de caracteres árabes, y un desfile de nombres insignes al pie de sus respectivas escrituras...

El amplio edificio, frío y desapacible, encierra muchas otras riquezas que no se exponen al público en sus repletas estanterías. Sus salas, sus pasadizos, conservan también históricos recuerdos. El despacho donde su director ordena abultados legajos fué prisión del obispo de Acuña, el célebre comunero, cuyo cadáver pendió de las altas almenas en prueba del rigor de Carlos V. En uno de los cubos, cajas de hierro defienden los más valiosos documentos: era en esa habitación donde Felipe II, reclinado en uno de los poyos de piedra, anotaba de su puño y letra, uno por uno, infatigable, todos los papeles que llegaban a sus manos. Finalmente, otra de sus salas sirvió de cuartel para los soldados del Imperio durante la guerra de la Independencia, y es fama que también de cuadra, y que sus caballos durmieron en camas de hojas arrancadas de los legajos...

EL MUSEO DE VALLADOLID

## EL MUSEO DE VALLADOLID

---

El museo instalado en el colegio de Santa Cruz de Valladolid es una de las más interesantes colecciones de España.

En ese edificio, que es una joya arquitectónica, una disparatada colección ocupa las salas dedicadas a la arqueología, donde hay acumuladas en pintoresca confusión toda suerte de antiguallas : retablos de altar, telas anónimas, recuerdos del poeta Zorrilla y restos de su biblioteca, mobiliarios antiguos, la lápida sepulcral de Gregorino Hernández...

El museo de escultura tiene, desde luego, el mérito de reunir obras de un mismo linaje, ya que no escuela de artistas genuinamente españoles ; de modo que una hermandad fácilmente reconocible prevalece en las obras

sobre las diferencias que son en cada una como el sello personal de su autor. Contribuye, además, a dar unidad a la colección, la índole de las esculturas exclusivamente religiosas, inspiradas en el mismo espíritu de religiosidad española. No en los monumentos de artistas o modos de arte extranjeros que custodian muchas iglesias de España, sino allí, en aquella reunión de esculturas provenientes de conventos suprimidos, es lícito creerse en contacto con el arte que vivió de los ideales religiosos y artísticos del pueblo español.

Juan de Juni tiene allí, entre otros, el grupo del entierro de Cristo de la capilla Mondoñedo. Son siete figuras de tamaño natural, cuyos vivos colores resaltan del fondo carmesí de una cortina. Los discípulos y las mujeres del Evangelio plañendo la muerte de Jesús; uno de ellos arranca las espinas de su frente, una por una, piadosamente; la Magdalena unge sus pies lacerados de bálsamos preciosos, y como del ánfora que los contiene, los sentimientos de su alma en una mirada infinitamente compasiva parecen derramarse sobre Él como un perfume de Oriente; la Virgen desmayada en brazos de

Juan, de una hermosura casi femenina... Las actitudes y las expresiones denotan como un paroxismo de desesperación en ellos; Juan de Juni no sabe de la dignidad del dolor que se acompaña del silencio, de los sublimes efectos patéticos que alcanza con sus Vírgenes dolorosas y tranquilas más de un artista de Italia. La figura central concentra en sí todas las miradas; ninguna descripción podría dar idea cabal de aquel Cristo. Juni no ha retrocedido ante ningún detalle. Abandonado con la pesadez de un cuerpo muerto, muerto para siempre, arado el rostro por las huellas del martirio, tiene un implacable realismo que el bronce o el mármol no consienten. Ellos ennoblecen la figuración de la muerte, y revisten al cadáver de incorruptible hermosura. Pero la madera policromada no rehusa los detalles repulsivos, los colores verdosos de la descomposición, los coágulos de la sangre que se escapa por los bordes de las heridas. Juni expresa eso con mucha verdad; pero falta a su Cristo lo que debiera ser como el resplandor de la representación que ostenta: no es más que un pobre despojo humano. Sin embargo, es preciso recordar

que la obra es exhibida en condiciones desfavorables, muy otras de las que quiso su autor. Imaginémosla en una iglesia donde brillara sobre ella no más que la indecisa luz de los cirios; los detalles realistas, entonces, y para quien no fuera sólo un curioso espectador en busca de emociones de arte, contribuían al efecto patético. Aquella luz trémula, reflejándose en las carnes morenas, contrastando con los vivos dorados, más que en el mármol impasible, iluminaban la expresión del dolor y con mayor eficacia; se ha dicho muchas veces que, para parte del pueblo, éstas no son obras artísticas, ni ideales representaciones, sino trasuntos conmovedores y fidelísimos de la tragedia del Calvario. Ese sufrimiento ostentado y un tanto teatral de las figuras de Juni, necesita de una imaginada decoración que supla la sugestión del ambiente para que fueron creadas.

Hay en otra sala del museo un san Bruno del mismo escultor. «Es así como se ve» me dice el guardián, y entornando los postigos deja la sala en una suave penumbra: la ilusión es completa: envuelto en sus albas vestiduras, el libro en una mano y en la otra el crucifijo, el santo no parece obra de ta-

llista, sino una figura humana inmovilizada. Frente a él he recordado—y no por cierto en ventaja del escultor español—aquel noble san Bruno de Houdon, que hay en una de las iglesias de Roma, no un remedo de la vida, sino una obra de arte con la placidez eterna del mármol.

Aparte de las otras, en una como capilla gótica, está el Cristo de la Luz, de Gregorio Hernández. Todavía una vez: este aparato de que se rodea su exhibición es explicable en cierto modo, porque aquélla no es principalmente una obra artística. Lo que hoy en ella admiramos es tal vez lo que su autor consideró accidental, o, por lo menos, subordinado al pensamiento religioso, un poco a la manera cómo nos seduce de un escritor místico la exquisitez de un estilo hecha de la gracia espontánea de los pensamientos hondos y bellos. Claro está que no puedo llevar adelante este parangón; la del escritor puede ser labor de solitario encerrado en la última estancia de su castillo interior—más apartada del mundo que lo estuvo jamás torre de marfil,—atento sólo a las voces que cree le llegan de lo alto; pero el escultor no puede aislarse de su pú-

blico en tal manera, ni al plasmar su ideal en la dura materia tiene la libertad del espíritu que se vuelca en el vaso de una estrofa o el que se derrama por los cauces abiertos de la prosa.

Su labor en este caso es exclusivamente la de tallar imágenes para los altares y las ceremonias del culto: debe satisfacer el gusto no de algunos elegidos críticos, sino del pueblo, bajando a su nivel, o alzándolo, sin despojarlos de sus rasgos esenciales, a la altura del propio espíritu. Esto es lo que ha hecho, en mi sentir, Gregorio Hernández. Aquel crudo realismo de Juni me aparece en sus obras transfigurado por un soplo ideal. Son sus obras concepciones de un alma abrasada en los ardores de una religiosidad férvida, frutos de una vida en que los trabajos artísticos alternaron con obras de mortificación y caridad, vida de asceta que dejó al morir la fama de santidad a la que las creencias del vulgo conceden la milagrosa virtud de preservar de la corrupción final los restos de los grandes penitentes. Este misticismo suyo tiene en aquel brutal naturalismo un modo de expresión intensísimo.

Su Cristo es una creación alucinante; so-



bre los labios que han dejado entreabiertos las angustias de la agonía parece flotar todavía el aliento de las últimas palabras; en los ojos se ha apagado ya la luz del espíritu; pero éste, al abandonar el cuerpo horriblemente sangriento, lo ha dejado revestido de augusta hermosura.

Hay todavía otras obras de Hernández en el museo. En sus manos la estatuaria policroma llega a un punto de perfección que en ningún otro autor he visto. Un grado de desfallecimiento y los elementos de grosero realismo apagan toda idealidad; tal, en las imágenes de sayones esculpidas por sus discípulos para los pasos de la Pasión, figuras que podrían servir para ilustrar las escenas desenfadas de una novela picaresca. Exagerando en otra dirección la nota realista, llega este arte en otras obras del museo a confinar con lo grotesco, y aun cae de lleno en él, como en la figura atribuída a Gaspar Becerra, de un esqueleto hirviendo en podredumbre. En sentido opuesto puede degenerar la policromía que las realza en la vanalidad de muchas imágenes como las modernas coloreadas que llenan las iglesias de España. Pero, en

este momento de perfección que debe a Hernández, su efecto patético es grande. ¡ Ensayad, inmediatamente después de haberlo gustado largamente, de admirar, en la sala vecina, los rosados ángeles de Rubens, desbordantes de alegría de vivir, o casi diría no más de la satisfacción de sentir vivir su carne joven teñida por el sano torrente de la sangre! ¡ Qué desleídos los vigorosos relieves que Andrés de Nájera ha labrado en la obscura caoba de una sillería! Mientras dura en el espíritu la influencia de aquellas obras, toda otra es fría e inexpresiva, sin perjuicio de que más tarde juicios de críticos y nuevas contemplaciones nos obliguen a rectificar estas impresiones y aun, en algún caso, a invertir la escala de valores.

---

LEÓN

## LEÓN

---

No lejos de donde el Bernesga y el Torío, bajados ambos de las vertientes de las montañas que separan su provincia de la de Asturias, juntan sus corrientes, se asienta León; es la suya una llanura apacible, limitada por bajas colinas y barrancos, cruzada por alamedas que ciñen los cauces de los ríos y los caminos que de todos los puntos del horizonte convergen a la ciudad. Posición es que parece escogida para un centro agrícola o minero, no para la plaza fuerte, capital que fué del reino inquieto y batallador que, unido ya a Castilla, recibió de manos de Colón, para compartirlo con ella, el prodigioso presente de nuestra América virgen. Por el norte, Asturias avanza sobre las comarcas leonesas, los contrafuertes de sus montañas cuyas cimas nevadas son visibles desde las afueras de la ciudad; como atalayas hacia las tierras

de León, asoman a la distancia los bastiones del riscoso castillo que es Asturias, sin más punto de acceso, y no fácil, por este lado, que el desfiladero o puerto de Pajares. Desde esas alturas vieron los astures avanzar las legiones romanas fundadoras de la ciudad rondando al pie de su granítico castillar y fortificándose en la dominada llanura. Muchos son los vestigios de esas épocas que han quedado en León y los pueblos del contorno: altares y mosaicos, despedazados mármoles, restos de construcciones marcados con el sello de la VII legión. Se guardan en el museo de San Marcos, que tiene también de los pueblos primitivos interesantes recuerdos, tales como estelas funerarias, donde hay grabadas las figuras de los caballos pertenecientes a los guerreros cuyas tumbas señalaban.

Como la ciudad fué plantada en lugar llano y abierto, levantaron los romanos para protegerla las murallas, derribadas luego y reconstruídas varias veces, de que aun conserva restos. Altas y fuertes, pero toscas, diseñan todavía aproximadamente entre la planta de la ciudad el recinto del antiguo campamento, sacando de trecho en trecho

fuera de la recta de sus muros los robustos pechos de sus cubos, alguno de los cuales, abrigado por un cobertizo y provisto de ventanas, parece servir de habitación.

Concluye por un lado el lienzo de murallas conservadas la torre de la Colegiata de San Isidoro. Como la mayoría de las viejas construcciones, esta iglesia ostenta, sobre su primitivo cuerpo, adiciones de épocas diversas. Constructores góticos rompieron uno de sus ábsides y pusieron, cabalgando sobre los macizos pilares y paredes, una ligera nave nervada; sobre la portada principal, en la que esculturas y grotescos capiteles conservan la pureza del estilo románico, colocó el siglo xvi un ático decorado con los blasones de Castilla, sirviendo de pedestal a la estatua de San Isidoro, representado cual creyó verlo un día de combate uno de los monarcas leoneses, como en una renovada leyenda de Santiago, entrando por las huestes musulmanas, jinete en blanco corcel, para decidir en favor de los cristianos la batalla... Y esta disparidad de estilos da una suerte de encanto a su vejez. Hermosa hubiera sido, sin duda, preservada intacta, ajustados todos

sus miembros al arte que pregonan las arcaicas esculturas de sus portadas, para que los críticos tuvieran en ella un modelo o tipo de estilo donde aprender, como en libro de piedra, no sólo una fórmula artística, sino también algo de la manera en que los hombres del siglo XI concibieron la religión, la belleza, la vida; pero los que más tarde alteraron sus formas, dejaron, en compensación, cifrado allí algo de su propio pensamiento; esa heterogénea agrupación de construcciones tiene hoy atractivo parecido al de los códices antiguos en cuyos pergaminos, enmiendas y acotaciones transmiten al poseedor de ahora, unidas al texto secular, las memorias de remotos lectores.

Sin embargo, a pesar de su diversidad arquitectónica, no es disparatado ni chocante su conjunto. Se adivina, viéndolo, bajo las variaciones formales de sus partes, la permanencia en lo esencial de las ideas profundas de que son expresión artística en continuo progreso, y se encuentra entonces que tiene una armonía superior. Permanencia, pero no inmovilidad; ¿no es la imagen de una idea que se depura, eleva y perfecciona constantemente, la que nos proporcio-

na esa airosa nave gótica que, continuando a los fuertes muros románicos apoyados en cimientos eternos, sube en busca de la luz?

Da mayor interés a San Isidoro su panteón, donde yacen los monarcas del reino leonés. Nunca glorias extinguidas tuvieron más adecuado sepulcro que esa románica capilla, de bóvedas adornadas de bárbaras pinturas. Ha pocos días me inclinaba en la Cartuja de Miraflores, ante otro panteón real, donde los mármoles de Siloe saben lo que fué del rey don Juan II y del cortejo de grandezas que, evocadas en torno de su nombre, avivan la inmortal melancolía de las coplas de Manrique: las cimeras y bordaduras, los paramentos y chapadas ropas, los tocados de las damas y las invenciones que lucían los caballeros en justas y torneos. Ellos responden allí a la elegía del poeta con igual elocuencia, perpetuando en primores del cincel y en ambiente de religiosa paz que reflejan las regias estatuas, la pompa de aquella corte. Nada de eso en el panteón de San Isidoro: ningún artista inscribió en mármol los títulos e insignias de los monarcas de León, agregando la hermosura a la dureza de la materia, para que unidas



defendieran sus nombres de la indiferencia; son los suyos sarcófagos de granito sin pulir, y la mayoría sin leyendas siquiera. Las revoluciones y las guerras han abierto esas tumbas y han aventado sus cenizas o las han revuelto y confundido. Un hálito glacial de olvido y abandono parece exhalarse de aquel grupo de anónimos sepulcros reales.

Había antes en la basílica un crucifijo bizantino que ahora ocupa una vitrina del museo arqueológico de Madrid: un Cristo clavado en cruz orlada de fantásticas bestias y de multitud de figuras cuyas formas denotan, según he leído, el influjo del arte mahometano. El Cristo del panteón leonés era ese de extraña y primitiva factura, de larga cabellera y ojos agrandados cuyo negro resalta de la blancura amarillenta del marfil, rígido, inexpresivo. Viéndolo me acordaba de esta capilla de San Isidoro. Pocas cosas hay siempre tan hondamente melancólicas como los emblemas religiosos en que los hombres pasados pusieron una esperanza de inmortalidad, quitados de sus sepulcros y guardados como curiosidades artísticas en los museos.

En la catedral de León no reina la muerte sino la vida. En los nichos de sus paredes hay, es cierto, algunas sepulturas—como la suntuosa de Ordoño II, fundador del templo primero,—pero en ellas eternamente descansan ilustres varones, libres sus restos de las profanaciones que sufrieron los que yacen en San Isidoro. Monstruos alados, bestias de Apocalipsis se inclinan desde las gárgolas; pero puestos allí asumen diverso significado que los de la románica iglesia: bien dejan ver que son motivos decorativos, rientes fantasías de inteligencias abiertas a las bellezas del mundo y de la vida, cosas, no temerosas, pero infantiles e ingenuas cual las creaciones inverosímiles de las orlas y viñetas de los libros de niños. El Cristo del tímpano central es todavía románico o de traza románica; mostrando sus heridas acoge a los fieles con gesto amenazante; pero la Virgen del parteluz, la Blanca, es ya una Virgen sonriente, con esa leve sonrisa de las Vírgenes góticas, muchas veces comparada a la de las primeras estatuas en que el arte griego se liberta del arcaísmo primitivo; también sonríen así las Madonas en que el genio italiano triun-

fa del hieratismo bizantino. Es la eterna sonrisa con que aparece a los hombres la belleza siempre virgen. Dos siglos quedan atrás en la Colegiata de San Isidoro; para saber si fueron fecundos bastaría pasar de la contemplación de aquel panteón sombrío, aquella maciza torre y aquellos muros como de fortificaciones, a la de las naves inundadas de luz y las diáfanas paredes de cristales y las altas torres de la catedral.

Es admitido por los críticos que, en la serie de los monumentos ojivales de España, esta catedral representa la aceptación en pureza casi absoluta del estilo propio de la Isla de Francia y de la Champaña.

Apenas notan en ella la mezcla de elementos nacionales, ni la influencia del espíritu español que, al adaptarse las formas góticas, al españolizarlas, tiende, según dicen, a hacerlas más robustas y simples, eludiendo las soluciones demasiado complejas y evitando las sutilezas a que en otros países llegaron, y señalan en sus diversas partes las huellas numerosas de la imitación de catedrales francesas.

La catedral es, verdaderamente, graciosa y bella en su majestad. Flanquean su prin-

cipal fachada dos torres, severa la una, más esbelta la otra y rematada en afligranada aguja. Culmina entre ambas una fachada de immaculada blancura con un rosetón abierto en lo alto que proyecta en el sereno azul sus sencillos dibujos; más arriba, en la cúspide, de donde la vista abarca un vasto horizonte, un Cristo tiende su brazo sobre la ciudad sumisa a sus plantas. Festoneando la nave central y las laterales corre en torno calado antepecho. Pero su gallardía se muestra, como en parte alguna, en el ábside, donde los muros son apenas más que delgados soportes de las vidrieras, donde aparece un agrupamiento de pináculos y de ligeros arbotantes que suben a recoger el peso de las bóvedas, arbotantes tendidos también por los flancos y cuya vista me trae a la memoria la imagen de Ozanam, quien los comparaba a amarras destinadas a sujetar a la tierra el bajel místico que es la iglesia, según la interpretación simbólica de los escritores antiguos.

¡Y el interior!... En el interior la luz y el color se conciertan en una fiesta magnífica. Manifiestamente, la catedral de León es un colosal y delicado engaste de piedra

para las historiadas vidrieras. La luz es el alma que la anima, la que viene de lo alto, la luz infinita y cambiante del cielo. La catedral es sensible a sus variaciones; cuando no la tiene es triste, inexpresiva como un cuerpo abandonado por el espíritu. En sus doscientas vidrieras, imágenes bellas como las de un sueño recogen esa luz y la vuelcan en sus naves teñidas de maravillosos colores.

Dicen que esos centenares de vidrieras dan una de las muchas pruebas de su origen extranjero; que no tiene razón de ser, bajo el puro cielo de España, ese anhelo por la luz, tan explicable en países nórdicos; en los ejemplares completamente españolizados disminuyen a la vez en número y tamaño. ¿Qué importa? Cuando, allá arriba, el gran sol de España llamea en los ventanales, es un deslumbramiento de azules, de oros, de rojos... de todos los colores, creo, y sus innumerables matices. En las más bajas vidrieras, partidas en pequeñas divisiones, donde son imperceptibles casi las figuras, es un centelleo continuo como de piedras preciosas enclavadas en los cuadros sostenidos por las redes de las tracerías. En las otras se distinguen las figuras, desarro-

llándose sus filas en larga procesión en torno del edificio : hay reyes arropados en púrpuras riquísimas, obispos ataviados de fastuosos ornamentos, guerreros cuyas armaduras despiden reflejos de acero, vírgenes llevando las palmas de la castidad y del martirio, legiones de ángeles tañendo musicales instrumentos... Y entre las escenas, además de las religiosas, las hay con episodios de la vida de corte, que representan una cacería real ; luego figuraciones simbólicas de virtudes civiles, motivos puramente ornamentales donde se entrelaza fantástica flora ; en alguna, como en el cielo de América, resplandece una cruz ; en el calado triforio refulgen los blasones de León y de Castilla... Se podría con trabajo contar esa multitud, enumerar esas escenas, clasificar esa flora, interpretar esos blasones ; pero es imposible expresar el efecto de las coloraciones, de los colores cuyo secreto se ha perdido, empapados en luz, a un mismo tiempo intensos y graves, ni dar idea de la misteriosa vaguedad de muchas figuras, de rasgos amortiguados por los siglos, de imprecisas líneas, alongadas y espectrales como las creaciones del Greco.

Pero el misticismo reconcentrado y triste de los personajes que el Greco trasladó a sus lienzos tomándolos de la sociedad española de su tiempo, no se parecía al sentimiento religioso de los hombres que erigieron la catedral leonesa y quisieron juntar en sus labrados, en su estatuaria, en las pinturas de sus cristales, imitaciones de la naturaleza y creaciones de la fantasía, representaciones simbólicas de los misterios de la fe y de civiles virtudes, todas las cosas hermosas que pudieron hallar en sí mismos y difundiéndose por la inmensidad del mundo, en la vida y en el ideal.

Forma su catedral tan armonioso conjunto, que aparece sencilla a pesar de su riqueza ornamental y de la variedad inevitable en las obras en que han trabajado varias generaciones; no tiene la grandiosidad desmesurada en la que se fatiga en vano el espíritu sin alcanzar a poseerla por completo; su belleza es serena, clara, se abandona sin reservas, y satisface con los más puros y profundos goces.

ZAMORA



## ZAMORA



Apenas si hay en Zamora decoración propicia para la evocación de los recuerdos de historia y de leyenda de que está henchido su prestigioso nombre.

Durante un día he vagado por sus callejas tortuosas, desniveladas, que trepan desde la margen del Duero sobre la roca que es su firme soporte, se extienden arriba y ensanchan en calles discretamente remozadas y bajan luego la contraria cuesta, rebosando del amurallado recinto para cubrir la vecina loma de pardo y vetusto caserío. Apenas se encuentran en ellas lugares bellos y pintorescos como para que ante ellos se detenga el viajero; pero la misma gravedad uniforme que reviste el conjunto le comunica cierto austero encanto, el mismo

que tienen también la dilatada monotonía de su campiña y los campesinos que cruzan por calles y caminos al paso lento de sus cabalgaduras, embozados en oscuras capas.

Como cumple a ciudad de su historia, Zamora tiene murallas, famosas murallas, de las que se cuenta que fueron, ciñéndola, coraza de siete sobrepuestas láminas. El romancero pondera su fortaleza, detallando la manera en que la cercan, el Duero por una parte, y por la otra la peña tajada, armada de tal número de torres, que «cuantos en el mundo había» no alcanzarían a rendirla. El Duero continúa besando con su caudalosa corriente la base de la roca, deslizándose al tiempo de rozarla bajo las arcadas de tres puentes nuevos, deshaciendo y anegando los restos de un puente romano. Pero sobre el corte a pico de la tajada peña ya no quedan casi torres, y ceden las murallas: vacilantes bajo el peso de la edad, cayendo aquí, levantándose más allá, siguen las ondulaciones del terreno y se empinan en un último esfuerzo para coronar el lugar más abrupto con la mole de un castillo, vigía de la vasta llanura, con

sus rastrillos y sus fosos y su puente levadizo y todo su hoy vano aparato de fortificación.

Recostadas a la muralla están la casa del Cid—el solar del Cid, mejor,—rodeado de un cerco parecido a un corral, y en otro lugar el palacio de doña Urraca, en cuyo arco de entrada se leen grabadas las imprecaciones con que, según el romancero, recibió la enamorada princesa a Rodrigo de Vivar. Igualmente desprovistas de carácter ambas ruinosas fincas, vinculadas a los más populares episodios de la historia y la poesía castellanas. Nunca se apagaron en ésta los ecos en que se prolonga el estruendo de las batallas que combatieron en el cerco de Zamora, antes de fundirse en uno los reinos de Castilla y de León. Alientan los personajes que en ellos intervienen, a los que la antigua poesía supo infundir alma épica respetando en lo esencial sus rasgos históricos; arte que no ofrece, ni sería esto lógico, a sus héroes, al levantarlos sobre sus pedestales, la idealización del mármol o del bronce; pero modela en barro amasado con tierra de España por las toscas manos de sus primitivos, figuras en que pre-

valece ya el realismo genial de la raza. En aquel drama de sangre—tan hermosamente restaurado y estudiado por Menéndez y Pidal—ocuparon luego ancho espacio el honor y el amor; cada época acrecentó con un sentimiento nuevo ese raudal de poesía que cruza el vasto campo de las letras castellanas pasando desde las epopeyas iniciales a las crónicas, las estrofas del romancero y los diálogos dramáticos, tal como una fuente que surtiera de entre las agrias peñas de una cumbre, y cuyas aguas, después de bañar las raíces de los árboles centenarios de sus vertientes, bajaran a regar el llano, y repartiéndose por él, dieran sus jugos a las florecillas silvestres y a las rosas de los jardines con que la musa del teatro, al presentarse en la escena, enguirnaldó su frente juvenil.

Fuera de algún palacio que reproduce en sus ojivales adornos los de la casa del Cordón de Burgos, no hay otros monumentos civiles en Zamora. Hay, sí, muchas casonas de aspecto monacal, sin otro realce en las paredes que los escudos: allí, como en todas las ciudades de Castilla, los aficionados a la supuesta ciencia heráldica,

podrían recoger opima cosecha de símbolos y representaciones de esta especie.

Zamora artística y monumental está en las iglesias. Ciudad guerrera y devota, conserva todavía las reliquias y cosas de rezar que llevaba bajo los hierros cuando ya el tiempo la ha desnudado de la mayoría de las piezas del arnés. Tiene hasta treinta iglesias—o pocas menos—y en muchas, detalles de interés para los arqueólogos; portadas románicas, adustos campanarios y torres cuyas formas dicen ser como de minaretes árabes.

Cuando, al terminar de alguna calleja, la vista abarca una extensión de campiña, casi siempre se columbran aún en ella alguna capilla a la orilla de un camino o alguna iglesia encumbrada por sobre su aldea. Y a la hora de oración, las esquilas y campanas de aquellas torres, en coro lejano y disperso, hacen rodar largas quejas sobre el reposo triste de la vieja ciudad.

En la catedral hay para admirar, además de su robusta fábrica arquitectónica, un retablo con cuadros de Fernando Gallegos, ocasión rara, porque las obras de este primitivo son escasas. En éstas, como en las

otras de su época, el genio español se debate todavía bajo la invasión flamenca cuyo influjo quedó preponderante en la península desde el famoso viaje de Van-Eyck.

Sin embargo, algunos de los personajes de rostros enjutos y cetrinos son de tipo castizo, y prueban que el pintor salmantino ha copiado los modelos vivientes de su tierra. Un mendigo cubierto de vendajes que forma en la cohorte de figuras entre señores lujosamente ataviados y piadosas escenas, parece ocupar aquel puesto en nombre de los humildes, en toma de posesión que engendra derechos que no desconocerá el arte español, cuando, terminada la asimilación de tecnicismos de escuelas primogénitas, irrumpa original y portentoso para las fructificaciones de su grande época.

(Más de un pordiosero se ve todavía en las ciudades españolas, que por su tipo y su indumentaria parece descendido de un lienzo antiguo. No olvidaré a uno que vi en Oviedo, que hubiera enamorado a Ribera y servido para uno de sus cuadros de realismo brutal y doloroso: tendido a la vera de un camino que llenaba la muchedumbre al abandonar la plaza de toros, pe-

día limosna, desnudo el cuerpo de cintura arriba, para mostrar sus cicatrices, y golpeando reciamente el pecho con los muñones de sus brazos al compás de un rosario de jaculatorias...)

Muy diverso es el carácter de la sillería del coro. Muchedumbre de santos y piadosas escenas alternan en él con otras burlescas en que fluye una vena humorística inagotable; en una aparece un mono vistiendo la cogulla del fraile; en otra un zorro, cubierto de hábitos talaes, ejerce de predicador... Los escultores guardaron preferentemente tal género de representaciones para las sillerías de los coros, y aun pusieron a veces en ellas—no faltan en ésta—escenas de índole más desenfadada.

En esas selvas de estatuas de algunos grandes coros españoles, un «animalismo» exuberante se hermana paradójicamente con la santidad glorificada de los confesores y de los mártires. Emanan de ellas una sensación de vida plena, a la vez espiritual y sensual, semejante a la que en una galería de cuadros flamencos experimento contemplando junto a los lienzos religiosos las triunfales desnudeces de hermosos anima-

les humanos que se encabritan acicateados por el instinto. Gusto de imaginar ocupándolas (sin que lo impida el anacronismo de tal recuerdo) a aquellos clérigos que viven en páginas del Arcipreste, nacidos bajo el signo de Venus, amigos del buen vino y de los copiosos yantares, capaces de mezclar a los rezos litúrgicos sus burlas nada piadosas... Y para presidir tan jovial asamblea he de evocar entonces—no es necesario fantasearla—la figura rolliza y socarrona del creador de esa humanidad que se disputan el *loco* y el *buen amor*... No sé de otro ejemplo que armonice como éste con el carácter de esas obras que introducen en el templo, conciliándolas por extraordinaria manera con la espiritualidad cristiana, o uniéndolas simplemente a ella, las imágenes de la vida sensual, pero no de aquella sensualidad viciosa y enfermiza que antes llevaron los escultores medioevales, sino esta vigorosa que nos seduce con su fecundidad, y, sobre todo, con su belleza.

---



ÁVILA

## ÁVILA

---

Ávila está apartada de la estación que la sirve, encaramada sobre una colina al pie de la cual se agrupan como poblaciones vasallas los barrios no comprendidos en el murado recinto. Llegando a ella en las primeras horas de una noche de invierno, tuve por momentos la sensación de que entraba otra vez en alguna de las ciudades que coronan los montes de Toscana y de Umbría; no imaginaba entonces que aun tendría una ocasión de recordarlas en el curso de mis paseos por la ciudad castellana. Pensaba, sí, que aun cuando hallase los monumentos de Ávila inferiores a los elogios de los libros, aun cuando no supiera gustar las bellezas arquitectónicas de San Vicente y de la extraordinaria catedral-alcázar, ni los primores escultóricos de Santo Tomás y de la romántica ermita de San Segundo que cobija, en la margen del Adaja, un viejo y

único mármol funerario, nunca la ciudad podría parecerme vulgar. Ávila me atraía, sobre todo, con los prestigios del nombre de su hija excelsa, Santa Teresa; de saberla pobre en monumentos y desprovista de añejas memorias, todavía hubiera acudido a ella como a una de las más interesantes ciudades de Castilla. Llegué a Ávila con el libro de Las Moradas, para buscar sobre todo lugares en que quedaran huellas sensibles de su grande escritora. De no hallarlas, me hubiera contentado con un rincón de paisaje para unir su imagen a las emociones que el libro me despertara y partir llevándolas para siempre juntas, y con la esperanza de ahondar algo en los secretos del libro y del paisaje después de cotejarlos.

Ávila tiene mucho más que eso; Ávila de los leales, Ávila de los caballeros, es villa de rancio abolengo castellano, y luce gallardamente las hidalgas insignias que lo acreditan: más numerosas que en parte alguna las casonas, con sus típicos portales y patios y rejas conventuales, la española plaza, las soberbias murallas, las iglesias... Escogeré entre sus monumentos

algunos de los que más sugerencias me proporcionaron.

\*\*\*

Desde luego, el retablo de la catedral, que me trajo a la memoria los recuerdos de Italia a que he hecho referencia. Es uno de los característicos retablos que, sobre los altares de las iglesias españolas, reproducen, en numerosos episodios, la serie siempre repetida y siempre varia de las escenas y los personajes sagrados. Sus cuadros, festoneados por las varillas de los marcos, resplandecientes con el oro prodigado por los artistas, parecen páginas desglosadas de un misal iluminado. Entre los temas que allí han tratado los pinceles de Pedro Berruguete, Juan de Borgoña y Santos Cruz, alguno hay cuyas figuras son de clarísima estirpe umbría. He ahí, por ejemplo, una Anunciación: bajo un pórtico cuyos arcos dibujan amplias curvas, una joven princesa recibe el mensaje que un pajecillo le entrega escrito en larga serpentina enroscada en su cetro; un manto ricamente bordado encubre las formas de su cuerpo y sólo deja descubiertos las manos finas y blancas y el óvalo gracioso de

su rostro. No mira al alado mensajero : cerrados los ojos, inclina la cabeza en gesto de pudor apenas insinuado. En el alféizar de una ventana abierta sobre las lejanías del paisaje y del cielo da su blancura un ramo de azucenas, y, en el fondo, por donde las tapias de un jardín limitan la perspectiva, hay un rosal cuajado de flores. Los personajes y el escenario armonizan delicadamente en ese cuadro para el que pudo servir de modelo alguna noble doncella en su palacio del renacimiento. Su actitud y su rostro tienen la dulzura soñadora de las Madonas del Perugino ; como lucen en torno suyo los atributos convencionales de la representación de lo maravilloso : la aureola que circunda su cabeza, la paloma que descende a posarse en ella cruzando el cuadro con la diagonal brillante de su estela... es fácil creerla casi divina. En cualquier caso merece la salutación del arcángel que la dice llena de gracia. Pero la genuina Virgen española es muy otra. La Virgen popular en España no es dama de sangre real ni se aposenta en palacios magníficos ; es mujer del pueblo y tiene modesto hogar, no exento de la tristeza y del dolor.

conmovedora de humanidad sencilla, aun cuando, al abandonar la tierra, asciende envuelta en una gloria luminosa, por entre bandadas de querubines y nubes inflamadas de áureos resplandores, teniendo de peana el creciente de plata de la luna, y dejando ondear en el espacio los pliegues azules de su túnica. Es la Virgen del pueblo, y no le basta con hacerse amar sólo de los que alcanzan a comprender la gracia y la pureza ideales que un arte exquisito puede reflejar sobre una figura femenina.

\*\*\*

Abandonando la catedral y rodeando por la parte exterior las murallas de la ciudad, de camino hacia la iglesia de Santa Teresa, se llega a una explanada desde la cual se puede contemplar el paisaje áspero y desolado de los alrededores de Ávila. Se dilata, en primer término, la vega del Adaja; luego, la sierra pedregosa en cuyos picachos, con frecuencia esmaltados de purísima nieve, se desgarran y deshilan los copos flotantes de las nubes y las nieblas.

Muchos días hace que me obsede la severa hermosura del paisaje castellano. Cas-

tilla no es un jardín ; no conozco en ella lugares que soliciten el cariño de los hombres desplegando ante sus ojos la pompa risueña de los húmedos valles y las verdes montañas donde el amor a la naturaleza es espontánea efusión del sentimiento, correspondencia a los halagos que ella tiene para los sentidos. Antes bien, aun para arrancarles el sustento deben ser avaras estas tierras sequizas, tan tristes en su desnudez invernal.

Visión es la de las vastas llanuras de Castilla, donde no hay para la contemplación morosa y el goce fácil de aparentes bellezas ; induce al vagar del pensamiento por el mundo exterior, o ahondando en las propias espirituales perspectivas. Tierras pardas, rojizas : a la distancia, las aldeas no son vistosas manchas que hacen pintoresco el paisaje, pero se confunden en el color de la tierra ; aquí y allá emergen árboles o bosquecillos que, como las velas perdidas en el mar, hacen en su aislamiento más sensible la inmensidad desierta... ¡y aquellos largos caminos que las cruzan y llevan las miradas y el pensamiento más allá de la línea remota del cielo !... Viendo estas abiertas llanuras, pienso por contraste en los cerrados y opulentos

vallecitos de Asturias, como el de Villaviciosa, poblados de frondosos pomares, defendidos por cumbres inexpugnables y limitados por ellas. Natural parece el sentimiento de la patria chica en los campesinos avezados a ver siempre las líneas familiares de sus montañas, fronteras que pocas veces trasponen las miradas y los pensamientos. Más difícil, sin duda, es concebir ese sentimiento en esas llanuras sin término; los horizontes del pensamiento se ensanchan en ellas a la par de los visuales. Son propicias para imaginaciones andariegas y aventureras; sus largos caminos las llevan sin esfuerzo más allá de la línea remota del cielo... Pensamos mirándolos: allá, bajo el horizonte, será tal vez igual llanura, y, partiéndola, la misma carretera polvorienta con nuevas ramificaciones de sendas hacia aldeas de uniforme color; quizá, salvando el cauce de un río sobre viejo puente de piedra, entre el camino en alguna ciudad edificada en la llanura, y surja luego por el opuesto lado, cada vez más pocas a sus flancos las casas de los aledaños, y se pierda de nuevo bajo el horizonte; más allá todavía, encontrará sierras y colinas en al-



guna de cuyas cumbres caerá en ruinas un castillo abandonado o un olvidado santuario; y luego, montañas que esconden deleitosos valles donde la naturaleza es pródiga de sus dones en flores, en frutos, en los metales que dan la fortuna sin exigir las penosas labores que requiere esta tierra escueta; y más lejos aún, mucho más, el mar; el mar, surcado de infinitas rutas que llevan a otras tierras cuyos nombres no han perdido del todo los nimbos de sus doradas leyendas, tierras a las que robaron su virginidad salvaje hombres a quienes empujaba a sus heroicas aventuras el genio, hoy dormido, de Castilla...

\*\*\*

Y ahora, para ir a la iglesia que lleva el nombre de santa Teresa y ocupa el lugar donde fué su casa natal, es corto el camino. Franqueando la puerta abierta en las murallas, se llega a la desierta plazuela que la precede. Un caserón señorial, un edificio que ostenta sin razón que lo justifique el título de biblioteca y museo Teresianos, y a cuya entrada se exhiben dos esculturas arcaicas de las que llaman «toros de Gui-

sando», encuadran los otros lados de esa plaza. La iglesia es edificio de ningún valor artístico; nada en ella nos aparta la mente de los recuerdos de santa Teresa.

Se exponen allí algunas reliquias, restos de carnes que atraen sobre todo la veneración del público devoto; pero su sepulcro está en Alba de Tormes, en el octavo monasterio de su fundación. Ávila disputó en vano a Alba el honor de poseer esa gloriosa tumba. Con deseos de reposarse en Ávila había salido de Burgos la reformadora del Carmen, cuando el llamado de la duquesa doña María Enríquez la obligó a torcer la ruta para ir a Alba de Tormes. En ese último viaje sufrieron ruda prueba los alientos de aquella grande alma que, encerrada en cuerpo casi septuagenario y abatido por crueles males, se erguía siempre indomable por sobre los desmayos de la carne enferma. Como la santa no podía andar por sí, la condujeron en una carroza. Solemne como la de un cortejo fúnebre debió ser la marcha de su reducido acompañamiento, perdiéndose lentamente por los caminos polvorientos de Castilla, entre los campos abrasados por el verano de 1582. (De

Castilla, políticamente poderosa todavía bajo el cetro de Felipe II, nos dan los relatos fugitiva e intensa visión de miseria: «todo este día por el camino no pude hallar ninguna cosa para darla de comer», dice la hermana Ana de San Bartolomé; en un lugarcillo donde fué también preciso buscar alimentos para reanimarla, sólo se encontraron algunos higos secos; más adelante, en otro villorrio, no más que unas legumbres cocidas...) No narraré la escena de su muerte en Alba de Tormes; nada en ella de lo que excita los sentimientos más comunes y superficiales de compasión y de piedad; dijérase que su vida llegaba entonces a plenitud. Muerta, parecían sus carnes de alabastro, dice su biógrafo Rivera; su rostro, como de yacente estatua de alabastro en que el artífice hubiera impreso expresión de paz serena y de beato reposo. Renováronse en torno de aquel lecho mortuario las imaginadas maravillas en que se manifiesta la fascinación que sobre quienes les rodean ejercen estos espíritus superiores: vió una hermana que al tiempo de morir la santa volaba de su boca una paloma; muchas personas sintieron derramar-

se por la casa un perfume del paraíso que despedía el cadáver; una estrella desconocida apareció en el cielo, esparciendo sobre la iglesia del convento diamantino fulgor... Estos y otros peregrinos sucesos nos los cuenta Rivera. En Alba se dió sepultura al cuerpo, porque la santa no había querido, durante su enfermedad, disponer que fuera llevado a su ciudad natal para ser allí enterrado. Sin embargo, pronto fué trasladado secretamente aquí, donde fué necesario esconderlo y amenazar de excomunión a los que eran sabedores de su paradero, para evitar que se divulgara la noticia. Sólo después de muchas disputas y vicisitudes, una sentencia pontificia lo restituyó al monasterio de Alba. En Ávila quedaron los restos que se exponen en su iglesia, trozos de carne purificados por la muerte. ¿Qué rastro había quedado en ellos del espíritu que los habitó? ¿Qué pueden sugerir a quien desea adelantar algo en su conocimiento? Agregaré que los pormenores relativos a las causas de su incorrupción que me dijeron al enseñármelos, son, cuando menos, desagradables...

Al tiempo de verlos oí contar a un re-

ligioso que vestía el hábito carmelitano, parte de la vida de Teresa de Jesús. La relación, fiel, aunque no enteramente, en los detalles, quedaba en sus labios reducida a una vulgar historia milagreira. Llegando ante un Cristo que hay en la iglesia, «un Cristo muy llagado», de aquellos cuya vista provocaba amorosas efusiones en el alma de la santa, me lo presentó diciendo: ¡ese es el Cristo que se apareció a la Madre Teresa! En verdad que esta manera de vulgarizar un espíritu admirable es una suerte de impiedad.

Por otra parte, es cierto que siempre faltará algo a las relaciones de la vida de santa Teresa, escritas o dichas por otro. Su historia íntima, particularmente, sin la cual la otra es inexplicable, no hay sino oírse la contar a ella misma en la sublime llaneza de su estilo; allí las visiones del mundo desconocido adonde vuela su pensamiento son narradas con la claridad de un paisaje de la tierra y cobra gracia exquisita el relato familiar y menudo; allí, ilumina las profundidades de la propia alma y escruta y separa y muestra las hebras sutilísimas que se entretajan en ella: los sentimientos, los afectos, los deseos ocultos; lo que allí es obscuro

no consiente tal vez aclaración; y es seguro que, razonado, comentado, se disiparía su mayor encanto. No se suple con nada la frase en que perdura el acento de un alma, la forma viva en que palpita un pensamiento que infundió en ella la misteriosa operación de amor que la engendró. Ellas son las que enseñan más que todos los áridos razonamientos: las palabras vivas; las que dijo santa Teresa, que tienen alma de fuego.

Entre sus obras truncadas y perdidas, ¿por qué no consagrar un pensamiento nostálgico al libro de caballerías en cuyas páginas dió forma concreta por primera vez a los sueños de su imaginación y a los apasionamientos de su mente? Hazañas de andantes caballeros despertaron los entusiasmos juveniles de quien luego había de correr las tierras de España moviendo guerra pacífica y amorosa conquista. Se conserva unido a su iglesia el huerto encajonado entre elevadas tapias donde discurrieron muchos días de su infancia entre ensueños caballerescos y proyectos eremíticos. Esos dos modos de manifestarse la vocación del sacrificio heroico, rara vez anduvieron separados; santos y guerreros forma-

ron con frecuencia escuadrones diversos de la misma milicia, y otras veces se juntaron en una. Platicando ante las imágenes de un retablo de altar, pudo decir quien levantó a suma perfección la orden de la andante caballería, que entre su profesión y la de los santos en él figurados, sólo en el modo de luchar había desemejanza; y aun dejó adivinar en aquella ocasión cómo pudiera acaecer que, concluídas las cuitas de Dulcinea, trocara él las armas de hierro con que ejercía la caballería *a lo humano* por la burda estameña y el crucifijo, que son coraza y espada de quienes profesan en ella *a lo divino*. Comentada está por Unamuno su espiritual hermandad con los místicos castellanos. Aquel «glorioso desatino» de que habla la religiosa de Ávila en el libro de su vida, ¿no es, por ventura, común a todas las sublimadas empresas andantescas? Un glorioso desatino ardiendo en un alma heroica y consumiendo en sus hogueras toda la paja volandera de mezquinas ambiciones y bajos anhelos para dejarla abrasada en sed de glorias inmortales y supremos bienes. Voluntad indomable la de aquella mujer desbarató cuantos obstáculos se cru-

zaron a su paso para impedirle realizar su misión de reforma, y desafió serenamente insultos de enemigos, burlas de señores, risas de la cordura rastrera y golpes de bellacos. Halló frases fuertes, frases dominadoras, para decir de sus victorias espirituales; recordad aquella: «...me parece traía al mundo debajo de los pies...»

Amaba la serena alegría, que es signo de salud espiritual, porque conocía admirablemente los peligros del misticismo. Sublime y tremenda fuerza, la idea mística ha menester de poderosos correctivos. Sin ellos, obra como formidable disolvente de la voluntad y del entendimiento; abre ante las almas perfectivas radiosas, crea para ellas un mundo ideal donde moran la verdad y la belleza absolutas, de que les aparecen sólo como imágenes imperfectas que sirven para guiar a ellas el pensamiento, las cosas de este mundo donde vivimos. Cuanto más bella se muestra esa región entrevista en los arrobamientos del espíritu, tanto más se entenebrece la vida, sueño triste del místico embellecido sólo por los reflejos de la esperanza inmortal que lo conforta. La vida se venga con frecuencia duramente; por



cada alma capaz de remontarse hasta aquel mundo de los éxtasis, arrebatada en el vuelo del águila caudalosa de que habla la escritora de Ávila, ¡cuántas otras de menor fortaleza, vencidas del vértigo, caen con las alas rotas!

No existe, entre las muchas de su iglesia, ni conozco efigie de santa Teresa que por completo me satisfaga. He visto algunas hermosísimas, en la escultura española, pero no me parecen representaciones plásticas definitivas como las de los frailes extáticos cuyo perdurable modelo pudiera ser el retrato que de san Pedro de Alcántara trazó su pluma. Estas estatuas fijan para siempre un tipo; en ellas, la labor del escultor se reduce muchas veces a tallar la cabeza, las manos y los pies que luego dispone hábilmente en un sayal de tal modo que sus pliegues parecen ocultar los miembros agostados por el fuego espiritual más que por el rigor de las mortificaciones, y, entre el obscuro marco de la capucha, o libremente erguido, resalta el rostro demacrado y lívido. No expresan sólo la melancolía del deseo no satisfecho; en muchos es una vasta tristeza sin apocamien-

to, pero para la que siente el contemplador que faltan consuelos en la tierra: se diría que no queda en la vida más belleza que la entrevista en la exaltación del arrobaamiento, ni más placer que el de la penitencia, ni más esperanza que la del martirio. Aun cuando hoy concebimos ejemplares humanos más armoniosos y de mayor amplitud espiritual, no podemos negar admiración a esos hombres poseídos de un anhelo único, y que se tienden hacia él con un vigor inaudito. Nunca conquistadores de imperios fueron capaces, por la gloria y por el oro, de más heroica y perseverante resolución que la que mueve hacia el lejano centro de sus vidas a esos hombres desdeñosos de todas las cosas del mundo.

Ignoro si se ha perdido el retrato original de santa Teresa que hizo un pintor mediocre, fraile de su orden. Utilizando los datos de su biógrafo, que la conoció y trató, he de representármela así: de talla elevada y el cuerpo recio; el semblante de rasgos graciosos y apacibles, revelando a la par energía y dulzura, no descompuesto por las huellas de las enfermedades y de las privaciones, iluminado con frecuencia por una

fina sonrisa ; la frente amplia ; los ojos negros y vivos, encendidos de ordinario en sereno resplandor, que «en riéndose se reían todos», que sabían leer en los rostros los secretos movimientos de las almas, que se animaban con los afectos de la suya y con el poder de su expresión aumentaban el don de seducir de su palabra ; palabra con la que «entretenía maravillosamente a todas las personas que la oían». Se empeñaba en que nada declarase en su exterior las encantadas visiones que se sucedían en la soledad interna ; pero muchas veces esta vida oculta se desbordaba impetuosamente y aparecía entonces, ante sus compañeras atemorizadas, transfigurada por el éxtasis, el rostro inspiradísimo y la mirada perdida...

---

LA JUDERÍA DE TOLEDO

## LA JUDERÍA DE TOLEDO

---

En busca de la casa del Greco, me interno por las sórdidas callejas de la antigua judería. Es el barrio más pobre de Toledo. Sus pobladores actuales viven en calles donde asoman los restos de edificios de varias poblaciones anteriores, junto a otros convertidos ya en escombros. La vida familiar se desarrolla aquí tanto en las casas como en las calles, donde forman corros, entregadas a sus labores, las mujeres, mientras en torno juegan niños harapientos.

Estas callejas me ofrecen, desde luego, mucho del aspecto de los otros barrios toledanos y de las calles de las ciudades hermanas de Castilla. Aquí alternan con los muros de ladrillos sin revestimiento y las fachadas pintadas de estridentes colores, fornidas puertas guarnecidas de gruesos cla-

vos y rejas adornadas de macetas y tarros de flores; las cruces que decoran los muros y algún Cristo sangriento ante el cual arde por las noches una lucecilla, bastan para mantener en estas ruinas el sello castizo, los vestigios de una decoración de leyenda romántica que ha perdido la actualidad pero no el prestigio. No son deslumbrantes, de brillo y pompa exteriores, las construcciones árabes que se encuentran. Los restos de ellas que aparecen en las torres y ábsides de los templos no traen al espíritu, por cierto, ideas de esplendores y magnificencias. Si un eco de oriental poesía (a la poesía de sus piedras viejas me refiero, no a la canción española en que sintió aquí Barrés prolongarse una melodía oriental) flota aún sobre este barrio toledano, es el de una elegía desgarrada que deplora las tristezas del vencimiento y las miserias de la ruina después del abandono.

Sólo en el interior de las sinagogas hay aun muestras de la riqueza del Toledo oriental. Quedo desconcertado al encontrarme en el paseo del Tránsito, frente a la sinagoga del mismo nombre, edificio de ladrillos donde ninguna señal exterior anun-

cia su belleza, y que, gracias al agregado de un portal, simula modestísima iglesia. Y, sin embargo, escondidos a las miradas, celosamente guardados, hay tesoros de arte en ese caserón vulgar; apenas si una mirada perspicaz descubriría en las ventanas la trama de los labrados de piedra que desde el interior aparecen tan finos como bordados por hábiles manos femeninas.

Pocos contrastes tan sugestivos como el de ese feo edificio cincelado por dentro cual primoroso cofrecillo de marfil, con los ostentosos palacios blasonados, que de palacios no tienen sino lo exterior y visible, la portada y el escudo que proclaman la pobreza orgullosa del linaje. Junto a ellos la sinagoga del Tránsito y la cercana de Santa María la Blanca traen a la memoria la silueta novelesca del judío, andrajoso potentado que oculta sus riquezas bajo su capa raída, resignado al desprecio de todos en su humillación voluntaria, y que, como compensación, encuentra luego al mirar sus arcas repletas el goce de sentir en las manos el gobierno de las fuerzas incontrastables que deciden de la suerte de los reinos.

Los judíos dispersos por el mundo, vuelven todavía los ojos con amor a las sinagogas de Toledo y a esta ciudad tan gloriosa para ellos y donde sus padres pudieron pensar alguna vez que su raza errante había hallado al fin una patria. He leído que proyectan celebrar aquí un Congreso. En los países del extremo oriente europeo viven numerosos hebreos de origen español, que conservan, al través de los tiempos, la lengua castellana, y con ella restos de su tesoro poético que han explorado fructuosamente los investigadores. Las afinidades secretas y potentísimas que la comunidad de idioma y los vínculos históricos mantienen entre los pueblos, se han manifestado, según creo, con ocasión de la guerra balcánica, solicitando esos judíos el amparo de la bandera de España. En estos mismos días la intelectualidad española se reúne en Madrid en rededor de la cátedra de un profesor israelita, que, estudiando la antigua cultura hispano-judaica, contribuye a ese mismo fin.

En el interior de la sinagoga del Tránsito, el arte mudéjar despliega sus galas en exquisitas y menudas labores. Es una ve-



getación apretada cuyos vástagos, cuajados de flores y de frutos, se retuercen y enlazan en las paredes, realizados por la policromía. En algunas partes dan la sensación de finas y caprichosas cristalizaciones. Falta todavía para completarlas los colores del artesonado que antes cubría el templo con dosel de púrpura y de oro. Su arquitectura — si es arquitectónico este arte nada constructivo, todo ornamental — no tiene la belleza de las grandes masas ni aspira tampoco a la eternidad de la piedra granítica. Es en un estuco frágil donde obreros pacientes han trazado con infinito gusto esos labrados. Más pequeña que la mayoría de las capillas de la catedral, podría la sinagoga ser aún menor sin que menguara su belleza. Su preciosa decoración no tiene el sello de austera, de adusta grandeza que *imaginamos correspondería al culto judaico*; las leyendas que corren escritas en arábigos caracteres por los muros, para convenir a su carácter, no habían de ser compuestas de frases inspiradas en el Antiguo Testamento, sino de las rimas de una de esas frívolas composiciones árabes que visten un leve pensamiento de brillantes imágenes. La

idea de duración, de fortaleza, falta para hacer más honda la impresión estética que de ella recibimos. Sentimos, contemplando las obras que denuncian el esfuerzo humano por triunfar del tiempo y de la destrucción, un placer superior al que nos proporcionan aquellas en que no se manifiesta tan soberbia aspiración. La fortaleza no sólo complementa, pero aun puede suplir a la belleza; no tienen otra, por ejemplo, la mayoría de los monumentos romanos.

Más interesante es aún la sinagoga por los escudos castellanos que campean entre los esculpidos follajes. Sellan allí una reconciliación momentánea unida al nombre de Pedro el Cruel; una inscripción da testimonio del júbilo que la conducta de ese monarca produjo en el pueblo israelita. Arabes, judíos y castellanos colaboran espiritualmente en ese templo. Los judíos aportan el pensamiento religioso; los árabes su mágica fantasía; Castilla cubre la obra con su escudo y la protege. ¡Y son de ver los escudos castellanos en medio de esa sutileza rendidos un momento la fuerza y el poder que simbolizan su castillo y su león, al encanto que de ella emana!

Muy cercana a la sinagoga, en el mismo paseo del Tránsito, está la llamada casa del Greco. Ella nos ofrece también un ejemplo, aunque muy diverso, de la misma complejidad. No es la reconciliación de varias civilizaciones lo que aquí aparece; es su superposición violenta en que cada una se nos muestra a su hora, poniendo su trono sobre los escombros, y no más que escombros, de la precedente. Y esa es la gran enseñanza de Toledo: la que sacamos de ver, del mismo modo que las sucesivas formaciones geológicas en el corte de un terreno, las capas que en el suelo de España han depositado los aluviones de la historia. Hay en esta casa una estatua romana decapitada, azulejos y ánforas moriscas, subterráneos que la tradición popular supone guardaron las arcas de caudales de Samuel Leví y las retortas del marqués de Villena, labrados góticos y del renacimiento, restos de un palacio que un prócer castellano incendió para purificarlo con el fuego, después que fué forzado por orden real a dar hospedaje en él a un traidor... Este último hecho creo que es el que inspiró al duque de Rivas un bonito romance.

En esta casa tan toledana, en su jardín sembrado de despojos de varias épocas, en sus aposentos llenos de libros, cuadros y antiguos muebles, es grato poner la morada del Greco. Es verdad que los investigadores han comprobado que el palacio de Villena que habitó el Greco fué otro situado junto a éste, poco más o menos en el sitio donde hoy yerguen varios cipreses sus copas oscuras. Ni una sola de las piedras viejas de Toledo va unida al recuerdo personal del artista que llena la ciudad con su espíritu; los anticuarios extranjeros se llevan uno a uno sus cuadros de las iglesias y conventos; sus restos mismos se han perdido en el osario de Santo Domingo... Pero, puesto que la voz pública, indiferente a aquellas investigaciones, continúa llamándola casa del Greco, y una mano piadosa la ha dispuesto para su culto, ¿por qué no detenerme en ella a reunir algunas de las dispersas impresiones que a sus obras debo? Imagen abreviada de Toledo, es propicia para hacer sentir al artista que acertó a fijar en sus telas el pasado de la ciudad. A ello me ayudará también principalmente el libro de su biógrafo y crítico Cossío del que tomo datos y enseñanzas.

Desde las casas principales de Villena, veía el Greco el mismo paisaje que desde ésta abarca la vista. Por esa parte, el Tajo, *incansable rondador de la belleza de Toledo*, corre aprisionado en hondo y estrecho cauce, arrastrando perezosamente sus aguas fangosas hasta que, un tanto más lejos, se apresura tras breve caída, huyendo bajo las arcadas del puente de San Martín, para ensancharse al fin en la vega, vistiéndola de grato verdor. Fronteras a la casa del Greco, emergen de sus aguas en la opuesta margen peñas descarnadas en los flancos que cubre arriba la tierra donde crecen sobre todo cenicientos olivos. Por allí se extienden los cigarrales, antigua academia toledana y terrenal paraíso de los convidados de la novela de Tirso, vuelto hoy a su natural aridez. Apenas quedan vestigios de las quintas de recreo veraniego que Tirso hizo teatro de las diversiones de las damas y de los caballeros que componen la refinada sociedad que desfila por las páginas de sus Cigarrales, compañía siempre amena, inagotable en discreteos, lances de amor y pláticas alternativamente alambicadas y ampulosas. Es la última floración en que apu-

ra la savia de cultura una sociedad vieja, cada una de cuyas grandezas lleva ya los estigmas de la decadencia. Parte es esa sociedad, de aquella de cuyo seno salieron los personajes que sirvieron de modelos al Greco, sociedad cuyos rasgos interpretó genialmente, de modo que ella explica y da a comprender su obra, y en ésta vive todavía en cierto modo de vida permanente y profunda depurada artísticamente de lo que tuvo de accidental y transitorio.

En la entrada de la judería, la iglesia de Santo Tomé contiene el lienzo del Entierro del Conde de Orgaz. Todo lo que hubo de nobleza de raza en el tipo del hidalgo español está impreso en la fisonomía de cada uno de los caballeros que en él figuran. Productos son esos hombres de una raza afinada por larga selección social, y, siendo la conjunción de sus más altas cualidades, adquieren valor representativo de ella. Sus semblantes revelan intensa vida espiritual; sus manos pulidas y afiladas son manos hidalgas, de esas que en algunos retratos del Greco, posadas con firmeza sobre el pecho, destacando sobre el negro del vestido, asumen el significado de la más clara insignia

nobiliaria. Aun en los que no son ancianos noto como las huellas de prematura vejez, un cansancio que se traduce en expresión de serena y varonil tristeza. Esos caballeros serios y meditativos habrán participado de ingeniosos juegos como los que Tirso nos narra; pero el Greco no fué a sorprenderlos en sus fiestas de amor y de poesía, ni tenía ya en su paleta colores para copiar esos brillantes espectáculos. Los que leo en sus ojos, las que pronunciarían, de hablar sus labios, serían pensamientos y palabras de renunciación. Se diría que todos ellos van a dar término a su existencia encerrados en celdas conventuales, muertos para los placeres de la vida, como ese taciturno fraile que a su lado figura, franciscano sólo por el sayal que le sirve, más que de vestidura, de mortaja, y cuyo rostro tiene el mismo color del cadáver. Y aun cuando así no suceda, es ya el mismo que el del fraile el deseo que ha invadido a esas almas próceres. El Greco no se ha limitado a eso; ha querido todavía dar forma a sus aspiraciones, hacer concreto y tangible lo inmaterial y soñado, y sobre ese grupo fúnebre ha pintado una Gloria donde el alma del señor

de Orgaz es acogida por un Cristo casi incorpóreo, exangüe, cuyas formas humanas, luminosas bajo una túnica blanca, sirven sólo para hacer sensibles a los ojos las puras irradiaciones del espíritu.

Lo que fué en su vida este pintor cuyas obras fascinan y, a veces, desconciertan, no podemos saberlo todavía por completo. La crítica moderna, que ha limpiado sus lienzos del polvo secular que los cubría, para entregarlos a la veneración de los artistas nuevos, atraídos hacia él por afinidades espirituales, ha sacado a luz también datos sobre su vida y su carácter, pero no ha hecho todavía la restauración íntegra de su personalidad. Desde luego, parece necesario renunciar a considerarle como un espíritu proteico de los que tantos ejemplares hay en el renacimiento, buscando sucesivamente fijar en sus lienzos, plasmar en el mármol o el bronce, expresar en sus obras de ciencia concepciones jamás realizadas plenamente. Su labor arquitectónica queda reducida a la construcción de varios retablos de altar; la mayoría de las esculturas que se le atribuyeron pertenecen a otros artistas, según se ha



demostrado, y sobre las restantes pesa la misma sospecha; ni una página de sus escritos ha llegado hasta nosotros. De las anécdotas sobre su vida que estamparon los escritores antiguos, algunas han sido ya rechazadas, y de muchas otras es dudoso el que fueran engendradas de su conocimiento directo y no oídas de labios del pueblo que concordaba su vida con la idea que de su arte tenía. Casi seguro es que este gran intérprete del misticismo español, lejos de estar dotado de temperamento místico, fué amigo de la vida fastuosa y aún asombró alguna vez con sus extravagancias a sus contemporáneos. Pero su arte, que llegó a ser tan profundamente español, nos disuade de pensar en él como un alto espectador no más de la vida y la sociedad españolas, de mirada penetrante y certera... Su nombre, después de la admiración de sus obras, excita sin satisfacerlas, mis curiosidades de viajero; traer con la imaginación una figura evocada al escenario de su casa es para mí más difícil que reconstruir con el pensamiento, sin más auxilio que los fragmentos que yacen en el suelo, alguno de los nobles edificios que ocuparon antes este viejo solar toledano.

En los primeros días de Abril de 1614, podemos imaginar al Greco—es la más clara visión que de su biografía he sacado,— anciano y enfermo, acompañado de los libros salvados al parecer de un naufragio de su fortuna. Libros griegos e italianos cuyas lecturas habían renovado sin cesar la unción de belleza y de saber que Grecia e Italia dieran a su espíritu joven. Y cuando sus ojos fatigados, desde las casas principales de Villena, extendían sus miradas sobre los pedregosos montes de Toledo, era entonces el que abarcaban el paisaje que influyó siempre secretamente en su obra, concentrada su noble y austera gravedad en las almas de sus personajes, y que alguna vez aparece en ella asumiendo también valor trágico. España fué, como Grecia e Italia, maestra suya, pero, más que la ciencia de sus libros, influyeron en él su paisaje, los sentimientos predominantes en ella y la influencia del ambiente de espiritual aristocracia de Toledo...

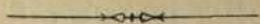
Al salir de la casa del Greco, me detiene en el paseo del Tránsito un círculo de personas que rodea a un enjambre de chicuelos que parodian una corrida de toros. Lle-

ga la última hora de la tarde. El sol se pone tras de los montes cercanos, y un gran lago de oro fundido queda sobre el horizonte. El cielo tiene el azul límpido, inexpresable. En la atmósfera transparente y sutil, las cosas se perfilan netas, destacando imperiosamente sus relieves; sólo, más allá de la vega, se esfuma la silueta de unas montañas. Del lado de la ciudad, en lo alto, reverberan los miradores de las casas, y, entre las torres de las iglesias, sobre un fondo de nubes rosadas, descuella un ciprés solitario. La noche cierra luego rápidamente, y una ráfaga fría de invierno sigue al aliento primaveral del día. La plaza queda a poco desierta. Una paz profunda sucede al bullicio de antes. Y en el sosiego crece y se difunde la lamentación sorda del río, mientras en el cielo centellean, apareciendo una tras otra, las estrellas.

---

LA SEMANA SANTA DE SEVILLA

## LA SEMANA SANTA DE SEVILLA



Interesan los desfiles oficiales de las corporaciones, durante la semana santa de Sevilla, como pudiera una brillante cabalgata histórica en que salieran a luz grandes tesoros y resucitaran añejas prácticas y olvidadas costumbres.

El espectáculo se repite muchas veces en la semana. Ondulan interminablemente en la plaza de la Constitución, ante el estrado colgado de damasco rojo del Ayuntamiento, las filas de luminarias llevadas por «nazarenos» cubiertos de hábitos talaes y tocados de altos bonetes cónicos, precediendo a los catafalcos que pasan entre el son de las marchas fúnebres, mientras las oleadas ardientes del incienso se derraman en el ambiente primaveral bajo el cielo radioso de Anda-

lucía. El lujo desplegado en estos desfiles es, ciertamente, superior a todo encarecimiento: los Cristos visten túnicas imperiales, las Vírgenes mantos recamados de oro, las mujeres del Evangelio sederías de vivos colores, sederías orientales. Difícil es que en parte alguna y en fiestas semejantes se vean reunidas, como en ésta, tanta valiosa orfebrería en cruces procesionales y candelabros, tanta tela bordada donde la finura de la labor vence a la preciosidad de la materia en palios, túnicas y mantos, tanta riqueza acumulada en joyas y pedrerías... No he de describir estas y otras magnificencias. No he de ponerlas tampoco en el escenario de la ciudad andaluza, cuya privilegiada belleza, desbordante de vida y sellada de antigüedad, me hace pensar en la de aquel delicioso museo suyo, donde en un pequeño jardín se renuevan siempre las rosas y los claveles encendidos en el ardor del sol sevillano, junto a las salas donde triunfan los lienzos de los viejos maestros. Sería preciso anotar los diversos aspectos de la fiesta a partir de la aparición de la primera cofradía que vi, retornando del desfile en la decoración oriental de la plaza de San

Fernando, a la que las palmeras ponen ancha orla de verdor y de sombra, hasta las desordenadas marchas por las calles que se atavían de las cosas cotidianas, y, en otras partes, vulgares : de los balcones fragantes a primavera, de los patios en cuyo centro borbotea un hilo de agua en la taza de una fuente, o que brindan, simplemente, su frescura y la quieta paz familiar. Sería preciso seguir luego a la grandiosa catedral en su vida tumultuosa y febril, desde las solemnes ceremonias nocturnas en que los órganos la llenan con los cantos de dolor del miserere, hasta que en la mañana jubilosa del sábado danzan los niños al pie del altar... En el lienzo sólo podría ser fijado cada uno de esos cuadros sin que se desvaneciera el encanto de su ambiente ; para describirlos cumplidamente, habría de ser llevada la pluma por un escritor capaz de hacerla rivalizar con el pincel.

Pero toda esa belleza, todas esas magnificencias, no bastan para ocultar que esas ceremonias, en lo que se refiere al carácter popular y religioso, aparecen muy decaídas. Figuras de tamaño natural representan en los «pasos», llevados en los desfiles, el tri-

bunal de Pilatos, la oración en el huerto, la flagelación... Son reproducciones de los momentos todos del drama del Calvario, en que el realismo de la estatuaria nacional se ostenta. Olvidemos los mantos constelados de pedrerías con que se cubre a las imágenes; ¿qué queda? Queda, la mayoría de las veces, una imagen prosaica, y en ella expresada la intensidad de un dolor que parece humano y palpitante. El genio y la fe de los grandes artistas, de un Montañés, por ejemplo, abrazándose a esa realidad impuesta, la levantan y la transfiguran. Sin duda son esas obras distintas cuanto cabe de los tipos ideales que puede concebir un arte sólo atento a producir la emoción estética. No son hechas para ser contempladas sólo, sino para ser adoradas. Son, ante todo, vivas y vigorosas afirmaciones de fe. ¡Con qué violento amor se debió abrazar también la vieja España a esas imágenes! Al paso de los Cristos agonizantes, de las Vírgenes que llevan clavados en el pecho los puñales del sufrimiento, las mujeres celebraban su belleza o plañían sus dolores en versos apasionados. La costumbre se conserva todavía. El odio popular



se desencadenaba al mismo tiempo contra los Judas, vestidos antes de ropas amarillas como los condenados por la Inquisición, contra los verdugos de Jesús, que algún escultor tallaba tomando como modelos hampones y rufianes, a quienes embriagaba para copiar sus rostros descompuestos por la ebriedad. El pueblo, a quien no conmovría la idea religiosa desnuda y abstracta, se estremecía ante esas obras capaces de hacer sentir una emoción directa. Cabe, en las formas aparatosas de ese culto, una honda y ferviente idealidad. Pero es verdad que tal como ahora nos aparece, vinculado exclusivamente en buena parte del pueblo, a la imagen de un barrio o de una advocación determinada, esa idealidad no existe casi. De aquella religiosidad de impetuosos desbordes pasionales que hace imaginar la vista de los «pasos», no quedan en estas fiestas más que las apariencias, y en el vacío espiritual que ha dejado medran cultos pequeños y locales, más cercanos de la superstición que de la fe. Hoy son esas procesiones ceremonias exóticas, que deslumbran por su riqueza, seducen por lo que en ellas hay de pintoresco y cuyos

anacronismos resaltan al frío observador. En vano marchan tras los pasos, agobiados por el peso de sus cruces, algunos penitentes; infunden lástima tan sólo: es de imaginar que pobres gentes se exhiben en tal forma...

En los barrios apartados asumen mayor espontaneidad y carácter más original. Son renombradas, entre todas, las cofradías de Triana, delicias de los enamorados del color local. He asistido a la salida de una para el desfile del amanecer del Viernes Santo. Con murmullos de admiración saludó la multitud a las imágenes, al aparecer en el portal de la iglesia, y las siguió luego por las calles. Los dos altares llenos de luces avanzaban pausadamente, llevados a hombros por gentes del pueblo; desde algún balcón derramaban sobre ellos, al paso, un riego de flores. Al llegar al puente sobre el Guadalquivir se hizo una larga estación. La multitud se agrupó en torno de los pasos que iluminaban los cirios sin que sus llamas se estremecieran en la tibia y voluptuosa quietud de la noche. El río rizaba apenas sus ondas argentadas bajo la luna. No era aquella noche como la que

transfundió su serenidad divina a los versos de fray Luis; suscitaba en la memoria las palabras ardorosas de los místicos, los cantares en que el amor sagrado toma para expresar sus arrebatos las imágenes del amor humano. En la muchedumbre se estableció una emulación entre los cantadores de saetas.

Las tabernas que hay por allí rebosaban. Belmonte, el torero de Triana, formaba entre los encapuchados de la corporación y la distinguía entre todas con su prestigio. Belmonte ha traído de sus campañas en Méjico un grueso diamante que entonces lucía en manos de la Virgen: sus reflejos azulados atraían todas las miradas, como si en ellos estuviera simbolizado el brillo de la gloria de su dueño. He leído en un periódico—no sé si es cierto—que también a Belmonte le han cantado alguna vez saetas las mozas de los pueblos...

Rara vez resonaba un bello acento apasionado en las estrofas fatigosas que repetían en formas diversas que la Virgen de aquel barrio era más hermosa que la del barrio vecino. Pero cuando esto sucedía cobraba valor la saeta. Recuerdo que era así

en una muchacha, una gitanilla, que ponía en sus versos una cálida emoción: pequeña y morena, echada atrás la cabeza, entornados los ojos, esparcidas las greñas lacias y rebeldes, toda ella parecía concentrada con fervorosa delectación en el cantar cuyas sílabas finales se prolongaban antes de apagarse en sus labios. Ningún espectáculo en aquella muchedumbre que igualara al de aquella muchacha que, aislada en medio de ella, entonaba su saeta, ante la imagen que simboliza la fe de la vieja España.

---

DE PALOS A LA RÁBIDA

## DE PALOS A LA RÁBIDA

---

Es mediodía cuando mi barca atraca al embarcadero de Palos. Viniendo de Huelva ha sido menester una hora de travesía para llegar a esta histórica playa. Atrás queda Huelva, en la opuesta orilla, con el tráfico cosmopolita de su puerto, donde desde los largos muelles de la compañía minera, las vagonetas, entre zurrir de hierros y jadedar sin tregua de motores, vuelcan los minerales en los vientres de los trasatlánticos que han de llevarlos fuera de España para su elaboración. Aquí sólo hay algunas lanchas pescadoras amarradas al muelle y otras tendidas en la playa desierta cuyo lecho rojizo ornan las olas de encajes de espumas irisadas. Hacia la derecha, una columna de mármol señala el sitio de la Rábida; a la opuesta mano, más allá de la larga playa,

se extiende una llanura que cierra en la lejanía la bruma azul de unas montañas. En el bochorno de la hora, la vibración luminosa del aire parece agitar ante las cosas distantes una gasa tenuísima de plata, enciende un copo de fuego en los metales, hace resaltar entre un viñedo un cantero de flores, una mancha roja, del color intenso, caliente, de la sangre.

Palos, invisible desde la playa, se tiende en una ondulación indolente, escondido tras de unas colinas. Sus casas son todas de inmaculada blancura que el sol exalta todavía. Es mucha la diferencia entre la vista de esta clara aldea y la de los pueblos de la tierra castellana. Mirando a éstos desde la distancia, se adivinan sus calles empedradas de guijarros que corren entre muros de adobe, tapias de conventos y moradas señoriales venidas a menos, todos los despojos del pasado, testigos ahora de una vida remansada, inmóvil, resignada, con una agria resignación, a la decadencia. En este paisaje es otra la quietud de esta aldea dormida: sugiere ideas de sosiego, de lentitud, de abandono perezoso bajo el fuego solar.

Sobre ella, como sobre aquéllos, culmina

una iglesia con su enhiesto campanario ; en el casquete que lo remata brillan al sol moriscos azulejos. Si a los pueblos de España nos llevan curiosidades de arte o deseos de venerar históricas reliquias, sabemos de antemano que en la iglesia hemos de satisfacerlos.

Hacia la iglesia, pues, me encamino : desde su púlpito fué leída la orden real para el reclutamiento de los marinos que habían de acompañar a Colón. Es modestísima y también de nívea blancura. Sobre la portada, una lápida recuerda el claro nombre de Pinzón. En el interior, junto a un altar, cubre la pared un extraño mosaico de ex votos de metal y de cera...

Recorro luego el pueblo entre las pulcras filas de casas que la luz ardiente hace reverberar. Como se acerca la fiesta del patrono, las mujeres renuevan a cal viva el enjalbiego de las fachadas y pintan franjas de azul intenso en las ventanas, en cuyas rejas están todavía los ramos secos de las palmas de la fiesta anterior. En las calles juegan muchachos de carnes morenas, tostadas por el sol, bronce vivo bruñido además por el aliento recio y salobre del mar.



Las calles humildes y limpias de este pueblo, árabe a medias todavía, nos dicen que fué siempre, como ahora, una aldea de pescadores y de marinos al borde de la ría, cuna de hombres endurecidos en las rudas labores del mar, sometidos a la esclavitud del mar. Aun la Virgen que veneran sus habitantes, es como un don del mar. Cuenta el P. Coll una fábula tradicional, según la cual, cuando los árabes ocuparon la comarca, los pobladores de Palos fiaron al océano la custodia de esa imagen, a la que atribuían milagroso poder; varios siglos después, cuando se hubieron retirado los invasores, el mar la devolvió prendida en las mallas de las redes de un pescador de Huelva. Como se levantara entonces disputa entre ambos pueblos por la posesión de la efigie, la colocaron en una barquilla entregada al arbitrio de las olas, las que la depositaron en la playa de la Rábida, en el término de Palos.

Salieron de aquí, como de los pueblos del contorno, en los tiempos que precedieron al descubrimiento de América, marinos que llegaban con frecuencia, dejando atrás las islas Afortunadas, hasta las costas africanas,

donde cargaban sus barcos de los rebaños humanos con que surtían a los mercados de esclavos de Andalucía. Dicen que en esas navegaciones sintieron muchos levantarse en su espíritu el presentimiento confuso de la realidad de las tierras legendarias del Atlántico. Ello es que el nombre de Palos aparece en plena luz envuelto en los resplandores de gloria de aquella aurora de Agosto en que salió de su puerto la flota de Colón, y luego, cuando la gran empresa queda consumada, todavía el impulso de los descubrimientos arranca del seno de su población una serie de audaces marinos: Pinzón, Lepe... Pero el azar que aplicó tantas energías dispersas antes en las diarias labores obscuras a las obras heroicas que la historia conoce, no engrandeció al pueblo. Con el oro de las Indias no se doraron en Palos retablos de altar ni blasones hidalgos, que fueron las cosas para las que sirvió primeramente el metal indiano. Por lo menos ningún vestigio ha quedado de ellos. Su puerto mismo apenas sirve hoy para embarcadero de lanchas pescadoras que el reflujo de la marea deja seco ya en las primeras horas de la tarde. No es la decadencia

después de la grandeza; es la continuidad serena del destino de los humildes...

\*\*\*

Un camino corto conduce desde Palos hasta la Rábida, cruzando una comarca donde el verdor jocundo de las viñas contrasta con el grave de las frondas de los pinos.

El venerable convento está sobre una colina no lejos de donde se echan juntos en el mar el Tinto y el Odiel. Un aliñado jardín le rodea. En el convento no habitan ya los frailes franciscanos. Hay en él un hondo silencio consagrado de recuerdos. Ni aun en las viejas iglesias enlosadas de piedras funerarias le gocé tan augusto como en uno de sus claustros—claustro que tiene uno de esos recatados jardinillos conventuales que son rincones de ensueño—y en la celda del P. Marchena, donde vetustos lienzos nos muestran los retratos de Colón y de los reyes católicos...

Desde esta celda se ve el mar. Limpia y azul, su llanura, soleada de sol vigoroso, parece copiar la paz infinita del cielo. En la embocadura de la ría, cuya corriente se interna en el océano trazando en él una

ancha franja verde, resbalan graciosamente algunas lanchas pescadoras. Un trasatlántico se aleja rápidamente; su avance poderoso, abriendo un surco blanco en las aguas, manchando con el humo de su resuello la transparencia del cielo, es espectáculo de belleza plena, magnífica; diríase, más que obra de obscuras fuerzas disciplinadas, el triunfo de no sé qué voluntad enorme del coloso, gobernada por una inteligencia que refrenara su empuje ciego. Luego se oculta el barco bajo el horizonte, y pronto no quedan en el cielo ni en el mar huellas suyas.

Quienes escogieron para su apartamiento este sosegado retiro, tuvieron sin duda tan hondo como el deseo de soledad, el amor de estas grandes visiones del mar. Una tradición que sabe el itinerario franciscano por tierras de España, dice que el santo trovador de Asís visitó este convento, el primero de su orden fundado en la península. Asegura que antes ya otros hombres de otras religiones habían sentido, maravillados, la grandeza de sus dioses en la contemplación de este horizonte de mar, y elegido este lugar para sede de sus templos.

Y me acuerdo del anacoreta de Verda-

guer, contemplador del mar desde una altura donde hay también un santuario, aunque no es aquella una colina como esta, declinante suavemente en playa, pero un promontorio puesto sobre cimiento de hacinados peñoscas. Es el monje un anciano a quien el Atlántico ha revelado su misterio: conoce desde las profecías antiguas hasta los mensajes que el mundo desconocido fiaba a veces a las olas para que dieran fe de su existencia. Creeríase una divinidad del océano bautizada por el poeta cristiano: en su voz suenan, en las estrofas de *La Atlántida*, los murmullos del oleaje y los ecos de sus cóleras. No es ciertamente por desmayos de la inspiración del artista que el poema no alcanza a traducir las sensaciones que me invaden, mirando desde este lugar el Atlántico. Es que la realidad de la empresa que aquí tuvo principio, supera mucho en eficacia poética capaz de encender nuestro entusiasmo a las luchas de gigantes entre las convulsiones del mar que Verdaguer ha cantado. Como nunca, me aparece claro lo vano del intento de renovar héroes y tradiciones sólo propias de algún primitivo de esos cuyas

personalidades se esfuman como las de sus protagonistas en una lejanía de leyenda. Cuando, por labios del profeta aquel, despidió Verdaguer a las carabelas de Colón al comenzar su viaje, pensamos que si en lo moderno fuera posible la epopeya, sería la epopeya del Atlántico la que se inicia entonces. Ella abarcaría en su majestuoso desarrollo, hasta el día en que los solitarios de la Rábida vieron alzarse de la comba llanura, en aquellas solemnes soledades en que la ciñe la bóveda celeste, la vela blanca de la nave que dejaba tras sí, cruzando el mar inmenso, desde las costas de América a las de España, una estela ideal, un camino de redención y de esperanza. Fué un día de Marzo, casi de primavera; un día como éste, tal vez, de cielo limpio y mar azul...

FIN

